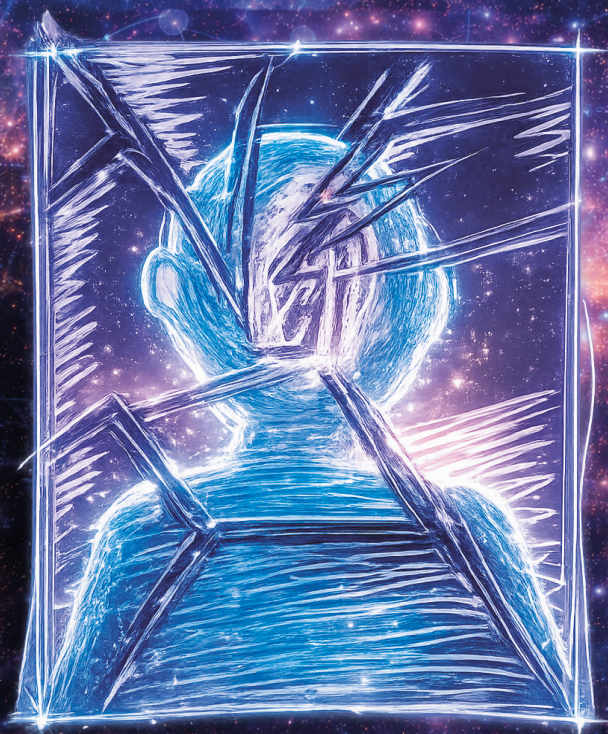


# HABITAR

Las sociedades deslocalizadas



Vicente Fernando Salas Salazar

  
**Editorial**  
Universidad de Nariño

# **èditorial**

Universidad de **Nariño**

# **HABITAR**

---

## **Las sociedades deslocalizadas**

---

Acerca de los dilemas contemporáneos de la convivencia humana y la necesidad de volver al territorio

Centro de Estudios e Investigaciones Latinoamericanas  
- CEILAT -

# HABITAR

---

## Las sociedades deslocalizadas

---

Acerca de los dilemas contemporáneos de la convivencia humana y la necesidad de volver al territorio

Vicente Fernando Salas Salazar

Centro de Estudios e Investigaciones Latinoamericanas  
- CEILAT-

**editorial**  
Universidad de **Nariño**

Salas Salazar, Vicente Fernando

Habitar : las sociedades deslocalizadas, acerca de los dilemas contemporáneos de la convivencia humana y la necesidad de volver al territorio / Vicente Fernando Salas Salazar—1ª. Ed.-- San Juan de Pasto : Editorial Universidad de Nariño, 2026.

97 páginas : ilustraciones

Incluye Referencias bibliográficas p. 90 - 94 y reseña del autor p. 95

ISBN: 978-628-7864-55-9 Impreso

ISBN: 978-628-7864-56-6 Digital

1. Convivencia humana 2. Territorialidad 3. Comportamiento social 4. Modernidad

304.23 S161h – SCDD-Ed. 22



SECCIÓN DE BIBLIOTECA

## Habitar. Las sociedades deslocalizadas

© Editorial Universidad de Nariño

© Vicente Fernando Salas Salazar

**ISBN impreso:** 978-628-7864-55-9

**ISBN digital:** 978-628-7864-56-6

**DOI:** <https://doi.org/10.22267/lib.udn.063>

Primera edición

**Corrección de estilo:** Ivan Alexander Muñoz Criollo

**Ilustración de cubiertas:** María José Salas Arteaga

**Diseño y diagramación:**

Alexis Daniel Reina López

Nathaly Johana Rivadeneira

**Fecha de publicación:** abril 2026

San Juan de Pasto - Nariño - Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito sin la autorización escrita de su Autor o de la Editorial Universidad de Nariño

## Agradecimientos

**Y** que viene a ser la vida finalmente, sino una sucesión permanente de encuentros y des-encuentros, de ir y venir, entrar y salir, arriesgarse y reposar. Lo que acontece convoca multitudes de actores y va configurando la esencia del crecimiento humano, al final la mejor y más noble de nuestras acciones es decir gracias.

La anagnórisis es un recurso de la narrativa griega que resulta muy útil para expresar el efecto revelador que han tenido mis encuentros y diálogos con amistades, familias, estudiantes y profesores. Esta sugerente y reveladora manera de ir descubriendo formas distintas de ser, actuar, sentir y pensar en directa relación con los otros; hoy sutilmente eclipsada por el seductor modelo de la comunicación digital, se muestra como una forma de ir aprehendiendo en el acto mismo de revelarse en y con el otro como una práctica anclada en algo que bien podría llamarse el permanente des-aprehender. Este ejercicio reflexivo no es sino el resultado de estos fecundos encuentros y des-encuentros.

Al grupo de profesores del Centro de Estudios e Investigaciones Latinoamericanas CEILAT y a su director, el Doctor Pedro Pablo Rivas Osorio, mil gracias por sus enriquecedoras jornadas de diálogo que, al aroma de un

café, vienen a fecundar nuestras conjeturas en sugerentes e inquietantes ideas puestas ahora a su consideración.

Un agradecimiento especial a los docentes Dr. Luis Ferney Mora Acosta, Dr. Iván Alexander Muñoz Criollo y Dr. Elías Castro Blanco, quienes con sus enjundiosas lecturas contribuyeron a mejorar sustancialmente este documento.

## Dedicatoria

Quiero dedicar este trabajo a quienes con su entusiasmo y permanente animación me dieron la energía suficiente para construirlo. A la mujer de mi vida y su incansable espíritu, Ángela María Arteaga Figueroa, sin su inteligencia los sueños de un hombre solo serían un cúmulo de buenas intenciones. A nuestras dos hijas María José y Leonor Elena Salas Arteaga, frutos de esta maravillosa complicidad y la motivación para seguir soñando.

## Contenido

Resumen.....	14
El problema: ¿qué lugar habitas?.....	20
El sujeto contra su estructura identitaria.....	30
No-lugar y desesperanza.....	44
El dilema del sujeto entre lo local y lo global.....	51
Fugas y escapes, atributos de una nueva subjetividad .	63
Premisas para nuevos lugares.....	75
A modo de conclusión .....	87

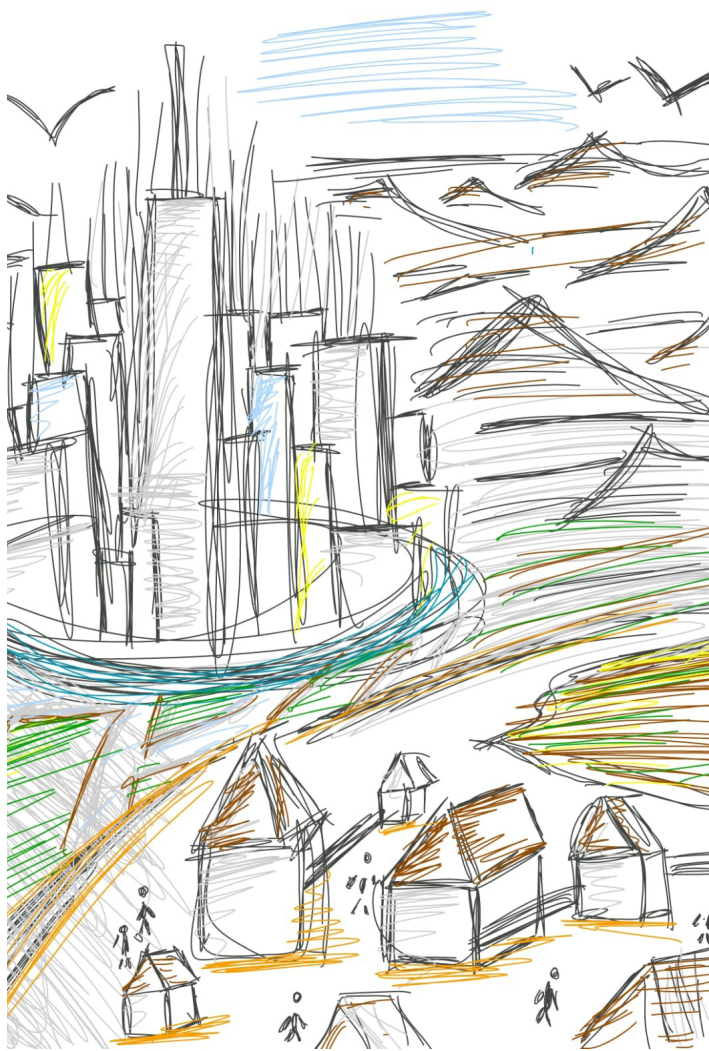
## Exordio

**E**l documento que configura las líneas siguientes es el resultado de un largo recorrido por la vida y por el pensamiento. Es importante señalar este asunto pues bien se sabe que mucha de la producción científica respecto de los temas territoriales se afianza o en disertaciones cuyo fundamento es la determinación física y administrativa de los lugares, o las aseveraciones teóricas y filosóficas alejadas de la experiencia fáctica de la vida. Estas miradas parceladas tributarias de la segmentación disciplinar del siglo XIX, finalmente terminan por enmudecer una parte sustancial de lo que es la relación natura-cultura considerado hoy un binomio indisociable.

Este quizá sea el eje en el cual gira esta reflexión: presentar un documento filosófico y reflexivo que a la vez se afiance en un hecho concreto de nuestra experiencia en el mundo, las formas en que, en la vida, en el habitar y en el pensamiento los seres humanos moramos los lugares. En otras palabras, somos un grupo de actores humanos que habitamos lugares y a su vez pensamos conforme vamos interactuando con el medio y con otros actores no humanos; las interacciones entre actores permiten el diseño de marcos cognitivos para diferenciar las épocas, los tiempos, la espacialidad, la historia, la memoria, nuestro presente y nuestro porvenir.

Al proceder siguiendo la ruta de la segmentación disciplinar terminamos siempre por separar el mundo de las ideas del mundo de la naturaleza, que no es otra cosa que separar la mente del cuerpo. Bajo esta ruta se torna confuso el análisis de nuestro presente. El largo recorrido que aglutina este documento se fundamenta precisamente en el esfuerzo por comprender la simbiosis entre el mundo de la vida y el mundo de las ideas en el acto de habitar como antídoto al diseño de una sociedad posmoderna donde se impone la fragmentación.

Para encontrar la ruta de esta reflexión fue necesario el paso por la maestría en Estudios Latinoamericanos, ofrecida por el Centro de Estudios e Investigaciones Latinoamericanas- CEILAT. Universidad de Nariño, lugar que habité para permitir que estas ideas crecieran, maduraron y fecundaran este camino reflexivo, que no hubieran visto la luz si no hubiera hallado su morada en el posgrado y el Centro de Estudios, donde es posible habitar y fecundar el saber.



**Figura 1-8. HABITAR. Las sociedades deslocalizadas**

*Fuente: Adaptación María José Salas Artega*

## **HABITAR**

### **Las sociedades deslocalizadas**

Acerca de los dilemas contemporáneos de la convivencia humana y la necesidad de volver al territorio

Ésa fue la época del hardware, la época de las máquinas pesadas y engorrosas, de los altos muros de las fábricas que rodeaban plantas cada vez más grandes y que ingerían planteles cada vez mayores, de las enormes locomotoras y los gigantescos vapores oceánicos. Conquistar el espacio era la meta suprema... apropiarse de todo lo que uno pudiera y pudiera conservar, marcándolo con todas las señales tangibles de posesión y con carteles de “propiedad privada”. El territorio fue una de las mayores obsesiones modernas, su adquisición fue una de las mayores compulsiones y la protección de las fronteras llegó a convertirse en una de las adicciones modernas más ubicuas, inflexibles y permanentes.

La modernidad pesada fue la época de la conquista territorial. (Bauman, 2009, p. 122)

No hay un acto humano ni individual o colectivo, ni de un pueblo, una nación o un continente que no quede expuesto hoy en día a la tensión entre lo local y lo global, lo global y lo local. Una suerte de ser, actuar, sentir y pensar que es de aquí y también de todas partes. Una mirada a los acontecimientos de la vida social en las últimas tres décadas y en contextos locales, nacionales y hasta continentales permite reconocer esta suerte de fragmentación o alejamiento de aquellos atributos o principios que soportaban el universo cognitivo del sujeto moderno<sup>1</sup>. Atributos como la Identidad, la Soberanía, la Nación, el Territorio, el Estado y las Instituciones diseñadas con la arquitectura de la moderna subjetividad se advierten hoy frágiles, inestables y ambivalentes, y

---

1 En adelante, las nociones que aluden a lo moderno y la modernidad y con ello los atributos que la determinan (el territorio, la nación y el mundo instrumental) deben comprenderse a la luz de la dicotomía entre las aspiraciones y diseños de un mundo de grandes volúmenes, sólido y firme, reconocido en la discusión que plantea Bauman, como el mundo de la “modernidad pesada” o del hardware, en oposición a un diseño de formato liviano, pequeño, inestable, frágil y ambivalente de lo que el mismo autor llama “modernidad líquida” o del software, propio del modelo contemporáneo. Reconocer al sujeto en el diseño de estas nuevas territorialidades marca el recorrido de este trabajo.

con ello el sujeto de la contemporaneidad divaga entre estos estados de ambivalencia. Nos aventuramos a reconocer que estas nuevas formas de experimentar la vida se desenvuelven por los mandatos de la fugacidad y lo efímero. El sujeto es un habitante pasajero que ve fragmentarse su identidad en este constante devenir sin encontrar suelo firme.

Este trabajo pretende reconocer estas dinámicas y señalar teóricamente el recorrido que compromete estas tensiones, capturas y escapes que puedan darse en el ámbito del sujeto en la era de la globalización, la comunicación digital y el libre mercado en los escenarios de lo que queda aún de los atributos de la modernidad como el proyecto nacional y la configuración de la dimensión territorial en sus expresiones de Estado, frontera, pueblo, comuna, límite, soberanía, entre otros.

Lo anterior en el marco de un escenario muy de la experiencia contemporánea donde se reconocen las tensiones que se dan, por un lado, entre un sujeto que por estar expuesto al embate de la tecnología, la comunicación digital, el libre mercado y la mundialización de la cultura, es decir; de las lógicas de la contemporaneidad, se aliviana sistemáticamente del peso de la cultura moderna y de su experiencia de sujeto que pertenece a estructuras identitarias sólidas como la nación y los nacionalismos. Y por otro lado, el malestar expresado por el sujeto que al quedar liberado de los referentes y los atributos de la modernidad, divaga frágil e inestable buscando en sí mismo los referentes de un

inmediato pasado en donde la seguridad ontológica la encontraba en un universo pequeño, su pequeño mundo, sólido, fraterno y solidario, ahora minado por las lógicas del universalismo, el particularismo y la liquidez que llevan al límite la subjetividad contemporánea.

La sociedad y lo que en ella construimos como referentes se nos desvanecen como un chorro de humo en el espacio, y apelamos entonces al único referente que nos queda; el retorno a nuestras fuentes locales como un anhelo de arraigo. El desarrollo tecnológico gana la carrera al espacio cuando acelera y reclama su victoria reduciendo y achicando la experiencia espacial de los sujetos aquí en la tierra. Cuanto más la vida se aleja del territorio, más pequeña se hace nuestra experiencia espacial, la comunicación digital abandera esta carrera hechizando a los sujetos en el encanto de la velocidad temporal y volviéndolos solo espectros que habitan realidades efímeras.

Donde no es posible detenerse, ya nada tiene sentido ni importancia. “No te demores” “no tardes” “date prisa” “no alcanzo” “voy tarde” “no puedo esperar” “es urgente” “pero ya” “no puedo quedarme mucho” “hazlo pronto” “pero rápido” “apresúrate” y claro “es que no tengo tiempo” son algunas de las más usadas expresiones de la semántica de la era del sujeto que deambula sin rumbo porque ya no puede demorarse.

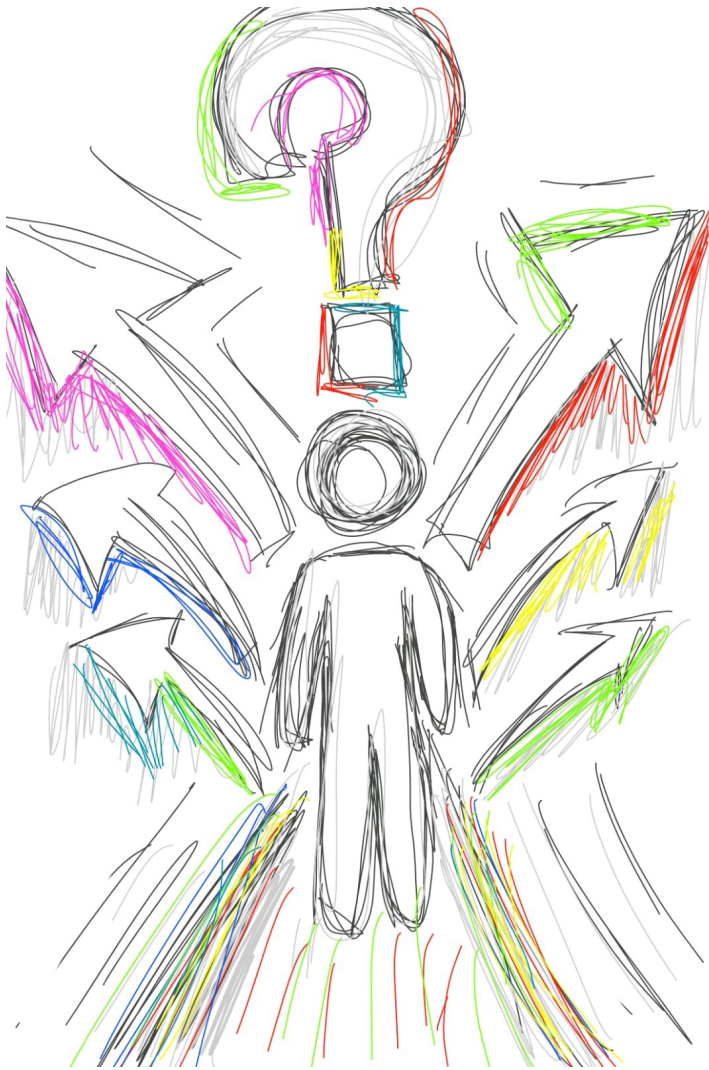
En medio de este mar de incertidumbre, y por nuestra condición ligera, liviana e inestable, procuramos retornar a nuestras fuentes, al lugar, a la morada del ser.

Volvemos en busca de nuestro propio ser extraviado en la era del rendimiento excesivo, la comunicación digital, la aceleración, la fragmentación cultural y el mercado global. La búsqueda de este momento solo será un ligero episodio, el ritmo y la aceleración no dan marcha atrás, la constante aceleración del tiempo achica la experiencia espacial de los sujetos y en consecuencia, aniquila el camino, lo desaparece. Nuevamente, la comunicación digital abandera esta cruzada.

Todo pareciera indicar y conducir a pensar que en nuestros lugares, donde se lleva a cabo la experiencia de vida, nos encontramos con sujetos sociales atrapados en la imposibilidad de un retorno a sus fuentes primarias, la búsqueda de su universo cultural y simbólico, del cual, y sin haber tenido oportunidad de decidir, van siendo separados por las fuerzas de la era tecnológica y la comunicación digital, el mercado, la instrumentalización y la globalización. Ya la aguda filosofía de Baudrillard anunciaba esta paradoja que atrapa a los sujetos en la era global.

Más allá de este efecto gravitacional que mantiene los cuerpos en órbita, todos los átomos de sentido se pierden en el espacio. Cada átomo prosigue su propia trayectoria hasta el infinito y se pierde en el espacio. Exactamente eso es lo que estamos viviendo en nuestras sociedades actuales, que se empeñan en acelerar todos los cuerpos, todos los mensajes, todos los procesos en todos los sentidos. (Baudrillard, 1995, p. 9)

En consecuencia, estamos siendo testigos de una suerte de alejamiento y erosión de las identidades colectivas que definían sujetos “modernos” a partir del principio de uniformidad cultural. Alejamiento y atomización de la arquitectura de la sociedad moderna, fragmentación que se dinamiza y se nos presenta a lo largo y ancho del planeta en lo que hoy se conoce, en la perspectiva de la teoría social y de algunos de sus más destacados autores en el tema como Alain Touraine, como la experiencia de los “nacionalismos contemporáneos”.



**Figura 2-8.** El problema: ¿qué lugar habitas?

*Fuente: Adaptación María José Salas Artega*

## El problema: ¿qué lugar habitas?

Pero ¿cómo hemos podido hacerlo? ¿Cómo hemos podido bebernos el mar? ¿Quién nos prestó la esponja para borrar el horizonte? ¿Qué hicimos, cuando desencadenamos la tierra de su sol? ¿Hacia dónde caminará ahora? ¿Hacia dónde iremos nosotros? ¿Lejos de todos los soles? ¿No nos caemos continuamente? ¿Hacia delante, hacia atrás, hacia los lados, hacia todas partes? ¿Acaso hay todavía un arriba y un abajo? ¿No erramos como a través de una nada infinita? ¿No nos roza el soplo del espacio vacío? ¿No hace mas frio? ¿No viene siempre noche y mas noche? ¿No tenemos que encender faroles a mediodía? ¿No oímos todavía el ruido de los sepultureros que entierran a Dios?... (Nietzsche, 1984, p. 96)

**E**l recorrido de esta reflexión resalta como centro de discusión conceptual el escenario de las tensiones, las capturas y los escapes que se vienen dando en los sujetos individuales y colectivos de las sociedades contemporáneas y en el marco de lo que se ha dado en llamar la era de la globalización, la comunicación digital, el mercado y la experiencia nacional como

acontecimiento identitario. Todo esto, como viene dicho, discerniendo el escenario que se da, por un lado, entre el universo del sujeto que se aliviana sistemáticamente del peso de la cultura moderna (por efecto de la globalización, la comunicación digital, la fragmentación y atomización de lo social, la inteligencia de las cosas, cuando se promueve la transculturación, la multiculturalidad y la heterogeneidad mediada por la aceleración del tiempo y el achique del espacio y otros procesos propios de la era posmoderna) y la pretensión de retorno de estas subjetividades a sus fuentes locales como respuesta a su condición ahora ligera, liviana e inestable como anhelo de un sujeto que busca el camino que lo lleve nuevamente a la experiencia de habitar su morada.

El ciclo de la vida está cambiando de una forma muy extraña, la vida se experimenta hoy en día en la experiencia del nacer, reproducirse y morir sin haber crecido. El crecer se asocia con el envejecer, con el tránsito de la vida en el tiempo y el espacio, con el habitar. ¿Cuándo se experimenta este rompimiento de las relaciones espaciotemporales? Cuando la modernidad consigue su cometido acelerando el tiempo y achicando el espacio. Bajo este acontecimiento los sujetos experimentamos en la aceleración y en la fragmentación el aniquilamiento del envejecer. Es decir, ya no vivimos, no sentimos y no podemos recordar ni contar la experiencia del envejecer. Se nos ha fugado la contemplación creadora, estamos huérfanos de habitar. Las personas mueren sin haber envejecido, sin haber habitado. En otras palabras, las

personas envejecen sin haber crecido en el acontecimiento del habitar, la aceleración nos priva de tal condición.

El encuadre analítico se desarrolla de una parte, reconociendo el escenario paradójico de los sujetos fragmentados y alejados de su singularidad por las dinámicas de la vida social e individual de la contemporaneidad que lo exponen sistemáticamente a una pérdida de contenido y de otra parte, el anhelo de retorno a lugares borrados por la aceleración del tiempo y el encogimiento de la experiencia espacial que nos llama a la prisa y la aceleración como motor de la vida contemporánea. Referencias como la que sigue anuncian este recorrido.

Esta ruptura entre el mundo instrumental y el mundo simbólico, entre la técnica y los valores; atraviesa toda nuestra experiencia de la vida individual a la situación mundial; somos a la vez de aquí y de todas partes, es decir, de ninguna. Se debilitaron los vínculos que, a través de las instituciones, la lengua y la educación, la sociedad local o nacional establecía entre nuestra memoria y nuestra participación impersonal en la sociedad de producción, y nos quedamos con la gestión, sin mediaciones ni garantías, de dos órdenes separados de experiencias. (Touraine, 2000, p. 12)

De lo que se trata es de pulsar esta tensión por lo que está aconteciendo en la experiencia fáctica de la vida humana mediada por la condición posmoderna y la crisis de los atributos de la modernidad. Encuentro que en la ontología existencial se ha desarrollado muy bien

la imagen de los sujetos aferrados al lugar o que desean retornar a su morada al enfrentar los nuevos recursos que ofrece el mundo contemporáneo.

El verbo habitar aglutina el anhelo del sujeto que se escapa de la crisis de la modernidad. Habitar para referirse a ese acontecimiento en el que se lleva a cabo la experiencia más inmediata de la vida. En el habitar reconocemos una proximidad lógica entre el tiempo y el espacio y nos acercamos a la idea de comprender la experiencia espacial como realidad construida. Es en el habitar donde encontramos las formas a través de las cuales el ser humano se hace al espacio, formas de ser, actuar, sentir y pensar; esto es, haberes que le dan forma al territorio como territorialidad. Así las cosas, la experiencia espacial está imbuida y corporizada y le da sentido al lugar como unidad a partir de la cual se articulan deseos, sentires, sueños y utopías, que, de esa manera, operan como marcos cognitivos que configuran esto que denominamos en el habitar, la experiencia espacial.

Comprendemos además que esta práctica en el lugar está revelando un conjunto de relaciones entre los actores y los territorios, relaciones de interacción, de tensión y de aferramiento ecológico. Si seguimos la ruta de los “haberes” expresado en las formas de ser, actuar, sentir y pensar de los sujetos, encontramos significativas coincidencias con pensadores logopáticos como Martin Heidegger, en quienes hay un fuerte vínculo entre la naturaleza y la cultura, la vida y los conceptos, el cuerpo y la mente. De la misma manera reconocemos esta ruta en el siguiente enunciado:

Estas innumerables fuentes, que de todas parten brotan, enseñan la fundamental propiedad de una configuración ideológica hecha de palabras funcionando como unas exclamaciones de éxtasis -de indignaciones y de temas medio-ocultos (demi-savants) reinterpretados, productos espontáneos de invenciones individuales objetivamente orquestadas porque fundadas sobre la orquestación de los hábitos y sobre el acuerdo afectivo de los fantasmas (phantasmes) compartidos que dan la apariencia a la vez de la unidad y de la originalidad infinita. (Bourdieu, 1991, p. 21)

Según esta ontología existencial, la potencia de nuestros actos depende de nuestras raíces en un suelo nativo, las decisiones que tomamos, los conflictos que tramitamos, los acuerdos, las alianzas y lealtades que configuramos, representan el teatro de nuestras acciones, siempre aferradas al lugar. Esto es lo que señala Heidegger cuando argumenta que:

Si perdemos la capacidad de habitar entonces perdemos nuestras raíces y nos encontramos fuera de todas las fuentes de alimento espiritual. El empobrecimiento de la existencia es incalculable [...] lo queramos admitir o no, somos plantas con raíces, que surgen de la tierra para florecer en el éter y dar fruto. (Heidegger, 1996, p. 47-48)

Así las cosas, reconocemos que es en el territorio donde acontece la experiencia de vida, constituido en el habitar, como morada del ser. En el territorio se expresa el marco cognitivo que da soporte a la interacción natura-cultura. Bien podría coincidir lo anterior con la

vocación central del enfoque fenomenológico cuando señala que el mundo es primero y después la oportunidad para conocerlo. El marco cognitivo con el que juegan los actores no es el resultado de una relación externa, pre-dada; a la manera de primero mente y luego cuerpo, sino que es el resultado de una compleja interacción entre formas de vivir históricamente reconocidas, formas de actuar y formas de pensar. La idea de habitar otorga forma y sentido a la simbiosis cultura y natura donde mente y entorno no pueden separarse. Al respecto sostiene Escobar (2000, p. 73):

Vivimos en un mundo que no está separado de nosotros, y nuestro conocimiento del mundo puede ser descrito como un proceso de adiestramiento en el contexto del involucrarse con el medio ambiente. Los seres humanos, desde este punto de vista, están arraigados en la naturaleza e inmersos en actos prácticos, localizados... el conocimiento agrícola local debe ser visto como una serie de capacidades de improvisación, específicas de un contexto y de un tiempo, y no como constitutivas de un sistema indígena del conocimiento coherente.

Situarnos lejos de la perspectiva del dualismo reduccionista que separa sujeto y objeto, mente y cuerpo, natura y cultura que, en su afán por describir la realidad, la vuelve “rehén” de la racionalidad, el objetivismo y la segmentación marca el comienzo de este desafío epistémico en la actualidad. Además, de apegarnos a la perspectiva que importantes científicos han dado en reconocer como “constructivismo fenomenológico”

aquella que ofrece conceptos como el de “enacción” claramente asociado a la obra de Humberto Maturana y Francisco Varela (2003); y que en concomitancia con los aportes de Tim Ingold (2011); han permitido reconocer este vínculo natura y cultura como una continuidad ininterrumpida respecto de las formas de ser, actuar, sentir y pensar. En otras palabras, esta perspectiva nos permite comprender las prácticas corporizadas e imbuidas de los sujetos como si se tratara de una relación armonizada entre cuerpo y mente, de una continuidad entre mundo, mente y cuerpo.

En esta misma dirección reconocer en el trabajo que realiza Manuel de Landa (2021); y que ha dado en llamar Neo- realismo Deleuziano, para afianzar la idea ya desarrollada por Gilles Deleuze y Félix Guattari (1987); que el mundo en sus dimensiones locales y universales está asociado a un constante devenir, un permanente estar siendo, y que en este acontecimiento espacio temporal las variaciones de materia y energía permiten el reconocimiento de la diferencia. Esto significa que la presencia de material disponible en los lugares y el conflicto por el control de estos (que compromete materia y energía, tiempo y espacio, formas vivas y no vivas en el entorno), fungen como esenciales para comprender la dinámica de las comunidades en perspectiva territorial. Precisa esta idea de reconocer los aportes que desde la filosofía realizó Martín Heidegger (1960, 1963, 1994a, 1994b) con su ontología existencial y en quien coinciden trabajos importantes para una mirada Latinoamericana como los de Enrique Leff (2006, 2014, 2018) y los

trabajos de la corriente llamada de la ecología política y la antropología cultural, en quienes se destacan Arturo Escobar (2000, 2005, 2017, 2018), Richard Adams (2007), Leonardo Tyrtania (1992, 1993, 2016) y Philippe Descola y Gísli Pálsson (2001) entre otros, quienes coinciden en la necesidad de mantener la conexión naturaleza y sociedad como un binomio indisociable en la interpretación de los procesos sociales vinculados a los territorios.

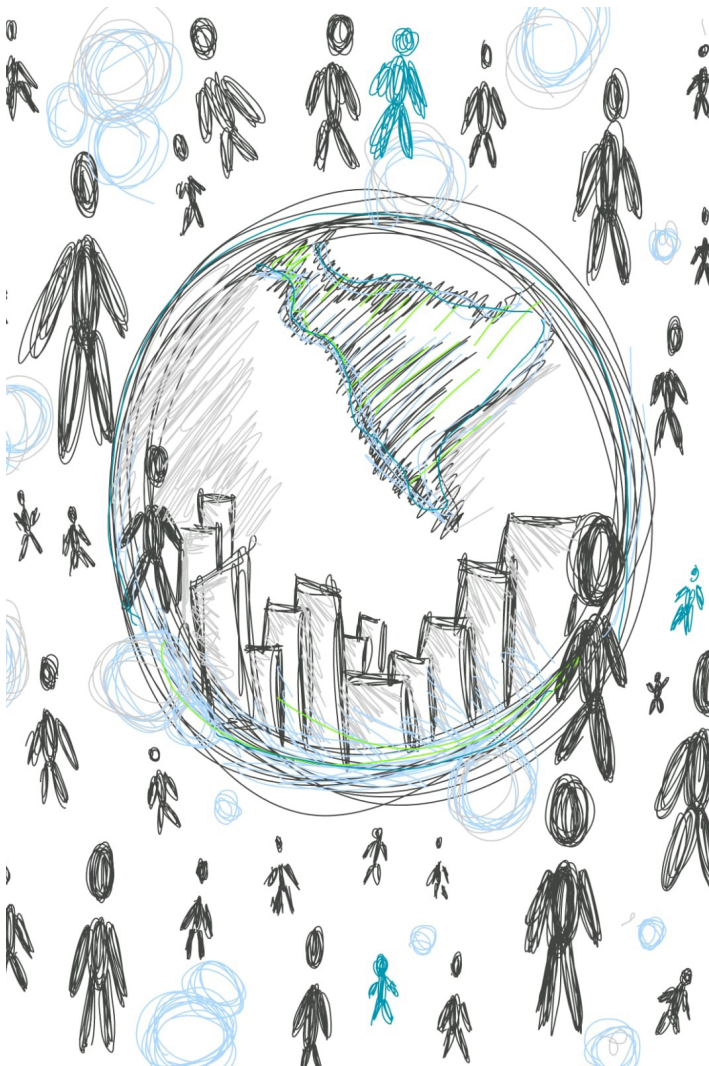
Sí partimos del principio donde la experiencia de la vida humana acontece en perspectiva espacio-temporal, entonces el habitar los lugares y el modo en que habitan los sujetos individuales y colectivos dan sentido a la experiencia espacial. ¿Qué acontece cuando la modernidad anuncia a través de la aceleración del tiempo el gran logro de las máquinas supersónicas, el mercado global, la comunicación digital, el diálogo intercultural a escala mundial, el quiebre de la soberanía, la fragmentación de los territorios y en términos generales, la constante aceleración del tiempo?

El éxito del mundo moderno configura una nueva manera de ser y estar en la tierra, esta nueva manera que se expresa de forma discontinua, efímera, con prisas y ajetreos constantes que deforman y aniquilan instituciones y atomizan las sólidas estructuras de la sociedad, llaman a los sujetos en su voluntad de retorno a las fuentes primarias, al habitar espacial que ahora yace atomizado y en la vida práctica, empequeñecido.

Como se dice más arriba, el verbo habitar quizá resulta apropiado para incorporarle elementos de

sentido a la práctica de producción social y material en una espacialidad determinada por la ambivalencia de los sujetos posmodernos en el entendido que la interacción de los humanos con la naturaleza a través de los lugares descansa en el habitar:

Todo pareciera indicar y conducir a pensar entonces que este acontecimiento, esta forma en la que estamos experimentando la vida contemporánea, la experiencia individual y colectiva y los procesos de interacción que ahí se dan, comprometen y llaman la atención sobre nuestros lugares, nuestras moradas y los territorios donde se lleva a cabo nuestra experiencia de vida, y claro, compromete también a los sujetos sociales atrapados ahora en el escenario que va entre el peso de los atributos de la cultura moderna que modeló la condición social e individual de lo social, ahora mutando a su propia fragmentación y atomización, y el anhelo de retorno hacia sus fuentes primarias por la búsqueda de su universo cultural y simbólico del cual y sin haber tenido oportunidad de decidir, vamos siendo separados.



**Figura 3-8.** El sujeto contra su estructura identitaria

*Fuente: Adaptación María José Salas Artega*

## El sujeto contra su estructura identitaria

La destrucción de la sociedad acarrea la del yo social definido por un conjunto de roles propios de diversas instituciones sociales, como la familia, la empresa o la vida política. Sin embargo, no solamente sustituyen a este yo social las aspiraciones individuales o los principios éticos. La obsesión por la identidad también desempeña un papel importante. A la sociedad destruida o debilitada la sustituye a menudo un retorno, a la vez defensivo y agresivo, a la comunidad. (Touraine, 2016, p. 15)

**Y**a no hay distancias, la idea de un lugar lejano se sustenta por el hecho de no haberlo habitado, pero esta idea que era un anhelo para vivir va siendo sustituida por una experiencia comunicativa y virtual. los confines del universo ya están al alcance de nuestros sentidos como una experiencia algorítmica y virtual. Nuestro mundo y las proximidades se simplifican y nuestra experiencia en él se diluye, el lejano oriente y las Américas, el mundo occidental y los imperios asiáticos, el norte y el sur, el este y el oeste, el mundo está, a un clic. Nuestras formas de ser, actuar, sentir y pensar están

aquí y en todos los lugares y esta particular experiencia provoca una perturbación cognitiva respecto de nuestra situación como sujetos localizados, sentimos que nuestro estar, va y viene, no es de aquí ni de ninguna parte.

¿Se pueden interpretar estos eventos de distancia, fragmentaciones, atomización y discontinuidades que experimentan los sujetos individuales y colectivos, como una suerte de rompimiento de las relaciones espaciotemporales debido a la aceleración permanente de los atributos de la modernidad?

El resultado de esta aceleración se expresa en forma de crisis de los atributos que construyó la modernidad en forma de identidades colectivas, como el caso de la nación, la sociedad civil, el pueblo, la soberanía territorial, la familia como unidad indisociable y el anhelo de retorno, de búsqueda de los sujetos de sus fuentes primarias. Estas nuevas formas de reconocimiento cognitivo de actores que van y vienen, que entran y salen de las estructuras identitarias ahora frágiles y ambivalentes despojadas del peso de la cultura moderna, se dinamiza en perspectiva territorial por las lógicas de lo que hoy se conoce como expresiones nacionalistas contemporáneas, siguiendo autores como Alain Touraine.

Para ilustrar estas realidades presentadas en este ejercicio reflexivo viene bien remitirse al caso de la ley orgánica de ordenamiento territorial, cuyo proyecto fue presentado por la Comisión de Ordenamiento Territorial (COT) en 1995 dado el contexto de la nueva Constitución Política de Colombia. Reconocemos que esta iniciativa

es concomitante a los retos de las actuales dinámicas o formas individuales y colectivas de llevar la vida contemporánea. Se trate de acontecimientos locales o transterritoriales, son evidentes las transformaciones a escala de ordenamiento territorial y de las identidades culturales colectivas.

Las urgencias institucionales para interpretar y dar respuesta a esta eclosión de diferencias subjetivas promovidas por los actores situados que reinventan la vida como un plebiscito diario y a la luz de las nuevas formas de convivencia que son más del universo de lo efímero que del universo de lo sólido y perdurable permite ya el reconocimiento de atributos propios a las gramáticas de la fragmentación, la diferencia, la alteridad y el rompimiento de la universalidad como valor supremo del sujeto moderno. Para el caso de Colombia, por ejemplo, el nuevo orden territorial señala la creación de nueve grandes regiones culturales a partir fundamentalmente de consideraciones político-administrativas y simbólicas. En el marco de este universo simbólico se reconocen los anhelos por la reivindicación de las diversidades colectivas en nuestras territorialidades.

Un detallado estudio en perspectiva multidisciplinaria a este mapa cultural definido en nueve regiones y en donde se incluye los territorios indígenas ( región Caribe, Pacífico norte, Pacífico sur, Andina norte, Central, Andina sur, Orinoquía, Amazonía y los territorios indígenas) permite el reconocimiento del importante desplazamiento que va de un modelo de base geográfica

que unifica bajo criterios económicos y luego por consenso ideológico de clase propio de la ocurrencia de voluntades caprichosas, hacia el diseño de un mapa que se define por voluntades históricas y culturales. Estas voluntades que resultan como reacción a la unanimidad se expresan como identidades fragmentadas a partir del hecho fundamental de que no están delimitadas por lo geográfico, sino que se determinan por la actividad de los actores, por los atributos de un pasado común, por los recuerdos y sueños compartidos y, ante todo, por la contemporánea expresión de los actores en su afán de retorno a las fuentes locales y el rompimiento del peso de la cultura nacional colectiva. Como se señala en un trabajo anterior, esta idea de territorio como morada contemporánea de la vida evoca:

La suma de un largo pasado de esfuerzos, de representaciones colectivas, de aventuras y desventuras, de tragedias y comedias, de detalles, sucesos individuales y colectivos, y la voluntad de recrearlos, de enaltecerlos, de hacer válida su herencia constituye, como se ha dicho, el capital social sobre el cual se edifica la región. Glorias del pasado y voluntades del presente. (Salas, 2018, p,18-19)

Estos tipos de regiones al interior de las regiones mismas pueden recortar áreas con rasgos comunes y ensamblar otras estableciendo así un mapa cuyas fronteras no se ajustan a las de las regiones políticas y administrativas. El ensamble o mapa que se produce

en este nuevo orden y que apropiadamente puede ser denominado como “culturas regionales” es mucho más adecuado a la realidad que el que se produce como resultado de las caprichosas divisiones político-administrativas propias del diseño moderno del Estado nacional.

Se puede reconocer una forma de organizar el territorio ensamblada en el modelo territorial del Estado nación, donde los conglomerados humanos consolidan su universo cognitivo apoyados en los atributos de la modernidad como insumos para la seguridad ontológica, por ejemplo, la región Pacífica sur geográficamente formada por Valle, Cauca y Nariño y sustentada por la ocurrencia de procesos históricos afines a la arquitectura de la modernidad, caprichosamente delimitados por fronteras físicas bien determinadas. O se puede reconocer una segunda forma de organización socio-territorial, producto de los desencantos colectivos e individuales de los atributos de la modernidad, así emergen formas de organización territorial o ensamblajes colectivos que llamo aquí culturas regionales, por ejemplo, la zona sur occidental de Nariño se asemeja más a la zona del norte de Ecuador que a la colombiana, o la zona occidental andina de Venezuela se emparenta con la oriental colombiana mucho más que con la región central Antillana. Una particularidad para tener en cuenta es que, contrario a lo anterior, estas consideraciones de semejanzas a partir de un nuevo ensamble que llamo culturas regionales, donde es frecuente la dispersión, la alteridad, la ambivalencia, la fragmentación y atomización de los actores, se ven

continuamente en tensión frente a las normas de carácter nacional o los discursos del orden nacionalista.

La cuestión regional y el fenómeno del nacionalismo a nivel latinoamericano aparecen como temas de investigación en la agenda de los científicos sociales con una relevancia tal que desmienten las referencias que pretenden presentar al nacionalismo y el regionalismo cómo categorías de escaso interés y actualidad. Son precisamente las expresiones de los sujetos en los contextos del escenario continental las que hacen pertinente estas temáticas. La relevancia en nuestros días de la emergencia de nuevas territorialidades, del fenómeno regional, del asunto de lo nacional y de los nacionalismos es vigente, ya que es en estas formas de organización individual y colectiva, en este universo cognitivo y en este encuadre subjetivo donde los actores están tramitando la vida contemporánea.

Los actuales movimientos sociales responden al constreñimiento que ofrecen de manera sistemática las instituciones cuando pretenden detener las aspiraciones propias del proceso de autodeterminación. La esencia de esta contradicción radica, a nuestro parecer, en la situación de unos sujetos desencantados de los atributos de la modernidad y al hecho de tener que hacer frente a desafíos contemporáneos con nuevos y ahora fugaces y ambivalentes atributos marcados por la aceleración constante y el deterioro de los referentes espaciales, sujetos angustiados por encontrar un lugar, una morada o una oportunidad de peregrinar a un lugar que ya ha sido

borrado para la experiencia de una vida reposada, estable, demorada donde transita el aprendizaje y la vejez.

La idea de nación como una “comunidad imaginada” (Anderson, 1993) que se afianza en los preceptos de la modernidad como un acontecimiento cultural y homogéneo, no encuentra eco en los lugares donde el sujeto que vive la experiencia de la multiculturalidad, la comunicación digital, la globalización y el mercado transterritorial viene sistemáticamente perdiendo la confianza en estos imaginarios de la modernidad. Entre un universo de desencantos y unos procederes de afirmación de la identidad individual, la democracia como política del sujeto aparece para mediar en estas contradicciones de la vida contemporánea. Al respecto,

No hay ninguna discontinuidad entre la idea del sujeto y la de sociedad multicultural, y más precisamente de comunicación intercultural, porque solo podemos vivir juntos con nuestras diferencias si nos reconocemos mutuamente como sujetos. Trataré de demostrar que la democracia debe definirse como la política del sujeto. Como el régimen que brinda al mayor número de personas la mayor cantidad posible de oportunidades de alcanzar su individuación, de vivir como sujetos (Touraine, 2000, p.166)

Una mirada respecto de las condiciones sociológicas que configuraron los Estados Nacionales y el proceso de formación de la conciencia nacional en América Latina nos permite reconocer el planteamiento que pretende

definir la realidad de los sujetos que se despojan de estas características propias del diseño moderno y viven la vida contemporánea en situación de liviandad, ligereza y transitoriedad, situación que se experimenta por habernos estado liberando del peso del diseño moderno. ¿Qué aspectos de la vida contemporánea promueven esta sacudida? La respuesta señala la disociación entre el mundo instrumental y el universo simbólico. Se encuentran serios aportes en la línea de reflexión que traza Anderson en *Comunidades Imaginadas* (1993) pues permite reconocer la diferencia entre el proceso de formación de los Estados Nacionales como consecuencia del creciente modelo capitalista de producción y, de otra parte, el papel de unas élites dirigentes que dan forma a los Estados Nacionales latinoamericanos siguiendo las dinámicas del proyecto intelectual de la ilustración.

Los criollos van a representar a los intelectuales de América y de tal modo, el proyecto de nación y los nacionalismos de los emergentes Estados en América Latina van siendo diseñados, más que por la presión y el por control del imperio, por el impulso de intelectuales preparados en Europa, quienes traen consigo los ideales de la ilustración en la segunda mitad del siglo XVIII.

En esta línea de reflexión resulta sugerente reconocer las articulaciones entre lo que son los sujetos o actores en lo que aquí llamamos sus formas de ser, actuar, sentir y pensar, y su aferrada perspectiva del lugar. Esta idea permite reconocer e interpretar que el proyecto de nación resulta de las interacciones entre actores,

unos impulsados por un proyecto ilustrado, y otros motivados por la experiencia cotidiana en su forma fáctica; ellos se van incorporando al diseño de la nación y a los nacionalismos. Este acontecimiento queda en evidencia al reconocer uno de los vehículos que dinamiza la formación de las naciones en Europa; la imprenta. Mientras que para el caso latinoamericano solamente dos siglos después de permanecer bajo el control de la corona aparecen la imprenta como recurso para difundir las letras y con ello, la identidad de las naciones.

Los criollos, que van en crecimiento significativo como clase dirigente e ilustrada en el contexto latinoamericano, incorporan los rasgos de la vida cotidiana en su imaginario de nación y con ello van dando forma; con fusión de elementos muy occidentalizados, a las modernas naciones. Esta suerte de occidentalización en la colonia es configurada con elementos de la experiencia literaria. Siguiendo estos presupuestos, en adelante será la ensayística la encargada de consolidar el modelo de nación. Reconocemos en la obra de José Joaquín Fernández de Lizardi el primer esfuerzo novelístico de América cuando aparece en 1816 la sugerente e instructiva obra de carácter político, literario, periodístico, sociológico, historiográfico y lingüístico *El Periquillo* Sarmiento que será reconocida como una pieza de la literatura que promueve una feroz denuncia a la administración española en México. Ángel Rama muy elocuentemente comenta:

Implícitamente, y sin fundamentación, quedó establecido que las clases medias eran auténticos intérpretes de la nacionalidad, conduciendo ellas, y no las superiores en el poder, al espíritu nacional, lo cual llevo a definir nuevamente a la literatura por su misión patriótico-social, legitimada en su capacidad de representación. Este criterio, sin embargo, fue elaborado con mayor sofisticación. Ya no se lo buscó en el medio físico, ni en los asuntos, ni siquiera en las costumbres nacionales, sino que se lo investigó en el “espíritu” que anima a una nación y se traduciría en forma de comportamiento que a su vez se registraría en la escritura (Rama, 1987, p.16)

Es necesario reconocer que la nacionalidad está armonizada con la experiencia de vida de las comunidades locales y que fue necesariamente este atributo el que potenció el imaginario de las naciones en América Latina, vehiculizado por la literatura. La lectura que sobre México hace Pedro Enríquez Ureña y las lecturas sobre el Perú de José Carlos Mariátegui, Ángel Rama y Arguedas constituyen algunos de los ejemplos más significativos al respecto. El proyecto de nación en los países de la América Hispánica está acentuado por un significativo carácter genealógico, en virtud de que el proceso que condujo a la construcción y consolidación no había entrado en tensión ni con la diversidad lingüística de las regiones ni mucho menos con la diversidad racial, y antes por el contrario, se había afirmado por el reconocimiento de las diferencias culturales y sobre todo por no separarse del inverosímil

universo en el cual y por el cual los sujetos colectivos e individuales se aferraban a la vida, las costumbres y las gramáticas de la cotidianidad.

Este proyecto de nación lo dinamizó una clase en particular (los criollos) que supo interpretar muy bien el papel de los imaginarios sociales ya que estaban imbuidos del territorio, corporizados de lugar en el rigor de su formación intelectual. Esta clase abanderada del proyecto de nación se caracterizaba por tener afinidad con la lengua del imperio, compartir una religión común y por tanto una cultura común.

En este orden de ideas, este acontecimiento, esta simbiosis entre mente y cuerpo, pensamiento y vida se instaaura en la conciencia de los actores y en el imaginario de nación que se va configurando, va tomando el valor de una herencia que debe implantarse en el universo cognitivo de los mismos de manera individual y colectiva, y desencadenar una secuencia de tensiones objetivas a través de las cuales se resolverá la cuestión nacional y los nacionalismos. Así lo expone Anderson:

En las Américas, y para el decenio de 1830 casi por doquier había sido reconocida internacionalmente la independencia nacional. De este modo, se había vuelto una herencia, y como herencia tenía que entrar en una serie genealógica...el lenguaje nunca había sido cuestión tocada por los movimientos nacionalistas americanos. Como hemos visto, precisamente el compartir una lengua común

con la metrópoli (y una religión y una cultura comunes) había hecho posibles las primeras imágenes nacionales. (Anderson, 1993, p. 273)

En la vida contemporánea las tensiones objetivas que nos aferraban a los atributos de la modernidad, van siendo sustituidas por una serie de tensiones subjetivas que nos alejan de estos atributos y nos sitúan en escenarios indeterminados. El reconocimiento de un nuevo escenario de tensiones propio del desencantamiento de los atributos de la modernidad por parte de los actores sociales nos conduce a reconocer personalidades ambivalentes, ambiguas y livianas, frágiles en cuanto a sus identidades, inseguras de sí mismas, personalidades que ya no tienen como referencia el mundo exterior, sino su propia conciencia, su propio ser como objeto a superar; personalidades que se conducen a una suerte de retorno a un estado inicial que aún no han tenido a bien definir. Estas tensiones, ya no objetivas sino subjetivas, señalan los nuevos desafíos de la ciencia social en la época de la posmodernidad y dejan al descubierto el escenario donde se da esta lucha; el mercado, la globalización y la comunicación digital. El mundo entero es ahora el escenario de este nuevo desafío.

Al afirmar en este ensayo que los sujetos individuales y colectivos estamos experimentando un proceso de ambivalencia cognitiva derivado de la condición de liviandad por despojarnos del peso que nos dejó la cultura moderna y sus atributos como el territorio, la nación y los nacionalismos, estamos reconociendo la asistencia

a un conjunto de nuevas contradicciones y tensiones en el imaginario colectivo de la identidad de los actores. Estas nuevas tensiones no coinciden con las que otrora tramitaron los actores debido a los antagonismos de sectores sociales, de las contradicciones de unas clases sobre otras, de las luchas por el control de los recursos y el poder, tensiones objetivas que implicaban muchas veces el recurso a la violencia física y simbólica. Estas agotadas formas en las que los actores tramitaban sus diferencias y las comunidades se veían en contextos de sentimientos compartidos, ellas conducían siempre a una suerte de alternancia de dominaciones, en cuyo propósito solo había lugar para incubar la identidad nacional aferrada a un territorio.



**Figura 4-8. El No-lugar y desesperanza**  
*Fuente: Adaptación María José Salas Arteaga*

## No-lugar y desesperanza

Sólo se conocen las cosas que se domestican, dijo el zorro. Los hombres ya no tienen tiempo de conocer nada. Compran cosas hechas a los mercaderes. Pero como no existen mercaderes de amigos, los hombres ya no tienen amigos. Si quieres un amigo, ¡doméstícame!

¿Qué hay que hacer? dijo el principito.

Hay que ser muy paciente, respondió el zorro. Te sentarás al principio un poco lejos de mí, así, en la hierba. Te miraré de reojo y no dirás nada. La palabra es fuente de malentendidos. Pero, cada día, podrás sentarte un poco más cerca....

Los ritos son necesarios. (Exupéry, 2016. p, 70)

**L**a ciudad moderna, lugar para los afanes, espacio para el desarrollo de motivaciones individuales, territorio de accidentados encuentros y aceleradas esperas, funge hoy como acontecimiento heterogéneo y para experiencias cargadas de incertidumbres. En este particular escenario hecho de fragmentadas espacialidades se apertura un nuevo contexto para la experiencia en el habitar fragmentado y ligero, cuya

condición es la pérdida sistemática de sentido, en el entendido de que en el habitar (demorarse, quedarse, morar y envejecer) va cobrando sentido la experiencia humana. Si la esperanza está asociada con el porvenir que se configura en la oportunidad de tener territorios para la morada, la ciudad moderna es todo lo contrario; matriz de no lugares y vivencias sin esperanza.

La ciudad es el lugar por excelencia donde los individuos experimentan el quiebre de la relación entre el espacio y el tiempo. La ciudad es la imagen arquetípica de esta ruptura, la tierra prometida para grupos de individuos huérfanos de identidad, atrapados y motivados por la fuerza de la aceleración constante que buscan en la maximización del rendimiento el logro de su proyecto, claro, a costa de llevar al límite su propia existencia. La virtualidad opera como eje articulador de estas nuevas pautas de convivencia humana.

Surcado por una red de relaciones que delinean territorialidades ligeras y lisas, deambulan sin la oportunidad de detenerse humanos y no humanos, unos y otros se mezclan y se extrapolan con pocas oportunidades de reconocerse cuando se propicia un encuentro, se desvanece ligeramente, dura poco porque la prisa se impone. En esta ciudad moderna, vive un hombre que contiene una alteridad que la manifiesta en su vagabundear por la calle, portador de una subjetividad liviana y efímera, desprovista de la firmeza que otrora le ofreció el proyecto de la modernidad. Habitar la ciudad como lugar de encuentro, creación y contemplación, al

mejor estilo de la polis griega, ha quedado superado por las lógicas de un mundo cuya premisa es la aceleración y el diseño de una vida a la que corresponde la aceleración, la fragmentación y atomización, se quiebran los referentes espacio-temporales y por ende, hasta nuestra capacidad para nombrar las cosas que antes permanecían y ahora se fugan y desvanecen rápidamente.

La pauta de estas formas de vida se amparan con una suerte de ambivalente subjetividad y se expresan en formas de convivencia en constante fluir, de flujos que se cruzan, se encuentran y no se detienen, ahí donde lo incierto se impone, se avizora el habitante de ciudad que deambula las calles como aquel hombre cuya subjetividad se ha fragmentado y permite distinguir el diseño de un mundo habitado en una cuadrícula territorial de constantes flujos en cuya experiencia ya no hay lugar para la identificación. Para estas nuevas subjetividades que ocupan las redes urbanas los atributos de ciudadanos, la sociedad civil y los sujetos de derechos, son tan solo una ficción al lado de la fatiga y la aceleración.

Uno de los logros más significativos de la modernidad fue haber hecho de la ciudad un referente para el progreso y la salida a la luz de las sociedades mecánicas a los diseños orgánicos, altamente diferenciados, sólidos y con fuerza de cohesión y compactación abrumadores. Este modelo de sociedad afianzado en la ciudad moderna ofreció los elementos que configuraron las narrativas de lo disciplinario y el control, en las que las esferas del poder y el motor de la economía se fundieron en

un binomio indisociable con suficiente capacidad para incidir en la arquitectura del Estado. Este tipo de forma de poder afianzado en la idea de lo que llama Foucault poder biopolítico refuerza a través del derecho la práctica sistemática de la exclusión permitiéndole al Estado, mediante el monopolio legítimo de la fuerza y por los dispositivos de control, ejercer coacción legítima; ahora en la ciudad, ahora sobre los cuerpos. Parafraseando a Foucault, estas nuevas lógicas en la escena de la ciudad moderna se configuran como una red de espacios, discursos e instituciones que tienen por naturaleza justificar y ocultar prácticas sistemáticas de exclusión y dependencia con el fin de cumplir un objetivo político (biopolítico) perpetuamente justificado por la imagen del Estado moderno.

Este nuevo orden de control llamado biopoder y encarnado en el corazón del diseño moderno y sus atributos desarrolló la necesidad de ocuparse de planificar las formas de habitar los lugares decidiendo así sobre la vida y el cuerpo, sobre quién vive y quién no vive, quién es y quién no es, quién está dentro y quién fuera. Esta forma de control altamente especializada sobre la vida y sobre los cuerpos no solamente permite incidir en el tránsito natural de la vida, también incide en el propósito de la vida.

Los griegos no disponían de un término único para expresar lo que nosotros queremos decir con la palabra vida. Se servían de dos términos semántica y morfológicamente distintos: *zoé*,

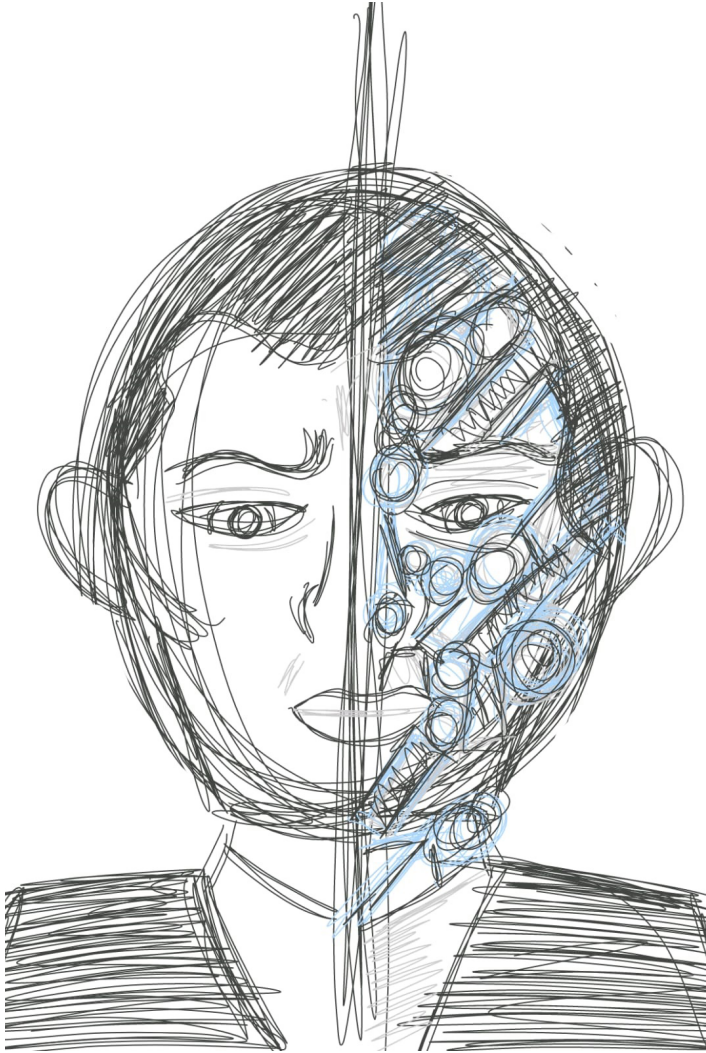
que expresaba el simple hecho de vivir común a todos los vivientes[...] y bios que significaba la forma o manera de vivir propia de un individuo o grupo” (Agamben, 2001, p.13)

La modernidad afianza la vida, los cuerpos y el territorio a un modelo de sistema cerrado, altamente funcional mientras permanezca unido bajo las lógicas del biopoder. La cualidad para determinar a los sujetos, los habitantes, como patrimonio biológico del territorio (afianzada en la idea del biopoder) se desplaza hoy en día a una forma de definir la vida, el cuerpo y el territorio fragmentados, deslocalizados, afianzados en la indeterminación, la fluidez y la atomización de una subjetividad ambivalente divagante de espacialidades reducidas y tiempos acelerados. Esta nueva realidad de la habitabilidad moderna en la ciudad nos devuelve al tiempo en el que no se tenía forma de diferenciar vida y propósito, el dilema bios y Zoé. La experiencia de ruptura entre el tiempo y el espacio, la constante aceleración del primero sobre el segundo, nos acentúa la sensación de pérdida del sentido de la vida, que es lo que pasa justamente al perderse el propósito de una vida con sentido que se configura en el habitar (vida, cuerpo y territorio) La ciudad moderna es ahora el lugar del deambular, del escape y las fugas y no el lugar para habitar, para quedarse y morar.

Mientras los ciudadanos experimentan un continuo proceso de desterritorialización del territorio como atributo fijador y un constante proceso de decodificación de los atributos simbólicos de lo humano, en la ciudad

solo hay lugar para edificios de concreto carentes de personalidad y autopistas que invitan a la aceleración constante, lugares que fungen como interdictos para un espontáneo y creativo habitar. Lugares diseñados en la lógica de ser lugares para la negación, lugares muy bien descritos en el libro *Building Paranoia* del urbanista Steven Flusty,

Espacio resbaladizo: que no se puede alcanzar debido a la distorsión, prolongación o ausencia de caminos de acceso. Espacio espinoso, que no se puede ocupar cómodamente, defendido por artefactos tales como regaderas montadas en las paredes y activadas para ahuyentar a los que se demoran junto a ellas, o bordes inclinados para inhibir a los que quieren sentarse. Espacio aprensivo que no se puede utilizar furtivamente debido a su supervisión activa por parte de patrullas móviles y/o tecnologías a distancia que envían información a puestos de seguridad (Flusty, 1944, p. 54 – 55)



**Figura 5-8.** El dilema del sujeto entre lo local y lo global  
*Fuente: Adaptación María José Salas Arteaga*

## El dilema del sujeto entre lo local y lo global

Así pues, ¿dónde nos deja este análisis en relación con esa tesis tan apreciada por tantos de quienes participan en el movimiento de globalización alternativa, a saber, que el lugar es no solo el ámbito de la verdad del ser, sino también el espacio clave de la formación y la organización de la conciencia contra las fuerzas depredadoras y destructivas de un capitalismo neoliberal universalizador y abstracto? (Harvey, 2017, p. 223)

Las diversas formas a través de las cuales se está expresando la vida contemporánea muestran una tensión entre lo local y lo global, la expresión en las calles, en los libros y periódicos, en las normas de los gobiernos, en los currículos, las novelas y las aventuras cinematográficas resaltando las diferencias e identidades colectivas, son una expresión de este acontecimiento. Pero esto es solo un conjunto de voluntades y deseos que se representan en mandatos colectivos e individuales, muchos de ellos hasta distorsionarse en eslóganes de campañas y aspiraciones políticas. ¿Qué es lo que desencadena este deseo de retorno o vuelta a las fuentes locales? ¿qué motiva esta eclosión de alternativas?

La vuelta a lo local se constituye en un hecho preponderante advertido ya y abordado por estudiosos del fenómeno de lo local, lo nacional, lo global y los nacionalismos. Estas rutas de exploración avanzan en las discusiones de la cuestión local como eventos promovidos por sujetos individuales y colectivos impulsando la supremacía de los diseños locales sobre la arquitectura de lo global y lo nacional.

El fenómeno de lo local y lo nacional en la discusión actual aparece constantemente cuando las acercamos a este tipo de indagaciones: “¿cómo administrar la diversidad? ¿Qué significa esto para el desarrollo futuro de los Estados Nacionales en América Latina? ¿Será considerada la heterogeneidad cultural un factor importante para la construcción de la identidad nacional?” (Konig, 2000, p. 47)

Estamos enfrentando nuevas realidades, una que se presenta entre esta vocación global que promueve el mercado, la tecnología y la comunicación digital y otra que nos enfrenta a las manifestaciones de reivindicación de lo local como deseo de retorno y respuesta al embate universalizador. ¿Qué está resultando de esta dicotomía? Una mirada respecto a los tiempos actuales en los que llevamos a cabo nuestra experiencia de vida nos permite comprender el deseo de retorno a lo local, a la territorialidad propia del habitar humano, como un diseño de escenarios ambivalentes, líquidos y antes de ser sólidos y bien afianzados en las estructuras sociales,

se nos presentan como diseños frágiles e inestables, como asociaciones efímeras.

Este inestable diseño para convivir entre lo local y lo global lleva a formar estructuras sociales porosas, por donde los sujetos entran y salen sin permanecer lo suficiente como para cohesionar haberes en las comunidades en forma de estructuras estructuradas y estructurantes. ¿Estamos acaso asistiendo al declive de las estructuras que cohesionan la sociedad desde lo que hemos llamado, las formas de ser, actuar, sentir y pensar y, avizoramos unas formas estructurales inestables, porosas y ambivalentes? Decir que nuestra vida en el mundo de hoy se expresa de manera abierta, lisa y nómada, modo rizomático, diría “Deleuze” (1994), ¿es una lectura de aproximación correcta para indagar estas realidades sociológicas?

Esta novedosa manera a través de la cual se expresa la vida contemporánea compromete nuestras interacciones como sujetos individuales y colectivos, entre nosotros y el entorno, desde lo real hasta lo imaginario, desde lo fáctico hasta lo simbólico, pasando por la comunicación, las gramáticas y los significantes de la vida cotidiana, escenario donde impactan los atributos que configuraron las lógicas del mundo moderno y por consiguiente, eficazmente logran perturbar los lugares donde se lleva a cabo la experiencia de la vida. El lugar, los territorios, los Estados y las naciones constituyen el centro de este impacto. Estas lógicas de lo efímero se deslizan sutil y seductoramente impactando la memoria

y las construcciones discursivas con las cuales hemos aprendido a comunicarnos a través del tiempo.

Resulta correcto inferir que esta extraña y arrítmica sinfonía que los sujetos experimentan en sus formas de ser, actuar, sentir y pensar viene creando en ellos y en sus lugares de referencia formas discontinuas, ambivalentes y difusas. Bien podría ser la señal con la que se identifica la crisis del proyecto de la modernidad y los atributos que le dieron forma y contenido. Estas formas de representación de la vida social en la actualidad, ambivalentes, frágiles y versátiles, van en contravía de aquellas formas de organización y representación propias de las lógicas de lo homogéneo, lo sólido y rígido del proyecto de la modernidad. Antes bien, emergen por doquier y con mucha frecuencia en las actuales coyunturas políticas y económicas, son la expresión de los sujetos que buscan afirmación y anhelan autodeterminación desde el universo cultural y los referentes territoriales de habitar lo local como fuente de identidad.

Este acontecimiento llama la atención en lo que atañe, por una parte, a las formas contemporáneas de organización y conciencia colectiva que se configuran como estructuras identitarias efímeras y fugaces, que acaecen propiamente como experiencia virtual y se vehiculizan a través de la comunicación digital. Por otra parte, también llama la atención porque visibiliza una suerte de multiculturalismo o diálogo intercultural en el cual acontece la vida como deseo de habitar el lugar, como acontecimiento cognitivo

de retorno a las fuentes primarias, a la morada donde el ser se encuentra a sí mismo, se afirma a sí mismo y se ahoga en su propio contenido.

¿Estamos acaso asistiendo a una crisis de los presupuestos con los que la modernidad afianzaba la idea de cultura moderna? ¿Qué consecuencias trae el advenimiento de estos atributos y lugares deslocalizados e intersticiales? ¿Cómo pueden interpretarse estas realidades y la relación de los sujetos en estos nuevos universos cognitivos?

En el marco de esta sinfonía de discontinuidades donde acontece la vida contemporáneas, en los lugares, las territorialidades, las regiones y las naciones; se imponen las lógicas de lo inmediato, las estructuras se construyen desconectadas del pasado, de la historia y el recuerdo como argumento para pensar el presente y el futuro. El motor de estas nuevas realidades discontinuas y efímeras es un principio anti-genealógico, es la inmediatez y la aceleración, es la ausencia del reposo, de la contemplación creadora, es la consecuencia del rompimiento de la relación del espacio y el tiempo, el tiempo que se acelera y el espacio que se achica.

El capital sobre el cual se edifica el territorio, la nación, la región y las localidades en el diseño moderno se afianza en la premisa de las glorias del pasado y voluntades colectivas del presente. La premisa en la que se afianza el proyecto de las realidades contemporáneas ya no tiene este fundamento. Ni es la suma de un largo pasado de esfuerzos, de aventuras y desventuras, de

tragedias y comedias, de detalles, sucesos individuales y colectivos, ni la voluntad de recrearlos, de enaltecerlos, de hacer válida su herencia, como si se tratara del más valioso de los capitales.

El investigador Alfonso Pérez-Agote hace un buen análisis siguiendo la huella que marcó Ernest Gellner quién deteniéndose en un importante referente de la modernidad (los acuerdos y el consenso generalizado), asume que lo nacional debe ser considerado como una “realidad que nace del mutuo reconocimiento de los actores”, (Agote, 1996, p. 188) Es decir, nace de las interacciones que los sujetos determinan para afianzarse como sociedad a través de las voluntades y los deseos de los actores. Esta interesante idea recrea el proyecto de la nación de manera exitosa en la cultura moderna, cuando el mismo se afianza como una voluntad de todos los días, o mejor, como plebiscito de todos los días

Las naciones están hechas por la voluntad humana: une nation est donc une grande solidarité, elle se resume...par...le consentement, le dicton, clairement exprimé de continuer la vie commune. L'existence D'une nation est un plébiscite de tous les jours. (Gellner, 1993, p 19),

Esta dicotomía entre lo global y lo local resulta apropiada para un debate acerca de la pertinencia de los atributos de la modernidad y el universo cognitivo que acompaña la configuración y experiencia de la sociedad global, red y multicultural de la posmodernidad. Al acercarnos al escenario de estas dicotomías podemos

reconocer las características de un modelo de nación que se cristaliza por la constante búsqueda de la unidad, vehiculizada por la conciencia colectiva y los ahora efímeros diseños para un modelo que tiene como protagonistas a grupos de actores en permanente búsqueda de alteridad, diferencia y otredad. Es decir, actores individuales y colectivos que llevan a cabo su experiencia de vida en situaciones de discontinuidades, desencantos y ambivalencia. Esta nueva configuración de estructuras identitarias afianzadas en lo discontinuo y carente de solidez deja en crisis la fuerza del “estatuto fenomenológico” que ampara el modelo de nación moderna y su permanente construcción por la vía de los esfuerzos y voluntades colectivas.

Se reconoce una manera diferente en que los actores contemporáneos se relacionan con sus territorios. El universo cognitivo de los actores sociales está perdiendo su determinación frente a la experiencia territorial, al presentarse tal condición la subjetividad y los territorios se fragmentan. Mucho de lo que configura esta nueva realidad se debe al embate de las innovaciones tecnológicas y la comunicación digital, el mercado a escalas mundiales y la universalización misma del mundo simbólico. Estas nuevas subjetividades que emergen beligerantes por todas partes, vienen ahora buscando la oportunidad para alejarse del modelo que otrora los determinó como sujetos modernos. Las realidades sociales que se vienen configurando obedecen más bien a pretensiones de diferenciación que de uniformidad simbólica y cultural.

Lo que resulta de este rompimiento en crecimiento entre la vida colectiva como proyecto nacional y la experiencia actual de la vida como acontecimiento de diferenciaciones, atomizaciones y discontinuidades, se expresa en forma de territorialidades fragmentadas como resultado de este nuevo ensamblaje que propicia la subjetividad posmoderna. Este evento ya es un fenómeno que exige remitirse a considerar la cuestión nacional y los nacionalismos como acontecimientos de autodeterminación local, diversidad, alteridad y multiculturalismo en el escenario donde está sucediendo el trámite de la vida contemporánea.

¿Cómo se puede reconocer realmente una reivindicación nacional? ¿Dónde terminan los objetivos y los fines que la investigación define como nacionales? ¿Deben limitarse a aquellos que han sido expresamente definidos como tales, o pueden incluirse también en el plano de lo nacional aquellas reivindicaciones articuladas sobre la base de identidades regionales? Los historiadores mejoraron en la consideración y el análisis de aquellas reivindicaciones que solo o mayoritariamente han surgido en el centro. Queda por estudiar el papel dentro de los programas nacionalistas de aquellas reivindicaciones locales que, al mismo tiempo, se reclamaban de nación. (Hroch, 1994, p. 243)

El argumento que sostiene la hipótesis de trabajo se centra entonces entre la crisis de los presupuestos de la

modernidad en la vida individual y colectiva hoy en día y las expresiones dispersas, ambivalentes y discontinuas, efímeras y carentes de contenido y memoria propias de un universo en constante dispersión, promovido por las dinámicas del mercado, la comunicación digital y la globalización, cuya premisa es acelerar el tiempo y achicar el espacio produciendo la fragmentación y la constante atomización de la vida colectiva. Estos acontecimientos liberan sistemáticamente al sujeto del peso de la cultura moderna y lo conducen, en su nueva forma y contenido, a sentirse liviano e inestable, ambivalente, frágil e indeterminado; a este escenario lo podríamos llamar escenario de convivencia.

En concordancia con lo anterior en un sugerente pasaje, Heidegger se pregunta:

¿Por qué no encontramos para nosotros un significado, es decir, una posibilidad esencial del ser? ¿Por qué desde todas las cosas nos bosteza una indiferencia cuya esencia no conocemos? ¿Pero quién pretende hablar así, si el tráfico mundial, la técnica, la economía, arrebatan hacia sí al hombre y lo mantiene en movimiento? (Heidegger, 2007, p. 109)

Hoy podemos avizorar la esencia de este acontecimiento, este constante vaivén del que nos advierte Heidegger y su significado. El lugar del ser es ahora un lugar que fugazmente le pertenece y fugazmente le da seguridad, y a la vez, que ya no le pertenece y donde no le es fácil establecer la morada de su ser. En otras palabras,

el ser es eyectado, expuesto, conducido y condicionado a un habitar con suelo inestable, a un lugar no apropiado para la estancia ya que no funge como morada para el anclaje, para el detenerse y contemplar, antes bien lanza al sujeto al mundo donde prima la constante sucesión de acontecimientos, un escenario vacío de significados y en constante aceleración.

¿Cómo es que estos nuevos presupuestos reconocidos aun como huellas de la modernidad y que son transformadas como nuevas realidades sociales como el territorio, la nación, los lugares y la consciencia que sobre ellos desplegamos, pueden, más que ofrecer seguridad y solidez, atraparnos en experiencias cargadas ahora de angustias, temores, melancolías y fragilidades que llenan de su contenido nuestro universo cognitivo al quedar expuestos a una suerte de condición liviana, frágil, líquida e inestable? Es decir, al quedar liberados del peso de la cultura moderna.

Tomamos el siguiente enunciado que incorpora en la discusión de lo nacional el elemento territorial, el párrafo define un momento específico de la consolidación de la nacionalidad ecuatoriana y deja ver cómo se consolidó el proyecto de la nación bajo la arquitectura de la modernidad y la idea de territorio deviene fija y sólida. Luego, es esta idea de nación la que se rompe con el acelerado movimiento de la modernidad bajo los preceptos de nuevas formas de sentir, pensar y ser en el mundo, las lógicas de la vida contemporánea afianzadas en la comunicación digital,

el mercado global, la universalización de las diferencias y el constante quiebre de certezas, cuya forma más eficaz ha sido la aceleración del tiempo y la reducción de la experiencia espacial en los actores.

Hay que señalar que en los momentos más críticos de estas coyunturas las concepciones nacionales prevalecieron finalmente sobre las diferencias regionales, en tanto fueron épocas en las que las invocaciones a la patria y a la unidad nacional se ejercieron desde una posición de necesidad externa, logrando acallar así las voces disidentes de los regionalismos y unificando las diferentes voluntades. (Pilar, 2000, p. 229)

El diseño moderno de los Estados Nacionales impone que el nacionalismo se asuma como una herramienta discursiva de la nación, que tiene por definición una función deslegitimadora y sumamente agresiva frente a cualquier expresión o intento de reconocer protagonismo político a identidades locales, regionales o periféricas que, por su reivindicación de autodeterminación y amparadas en el reconocimiento propio y el derecho a la diversidad, propician la dispersión. Es decir, apelando a condiciones contemporáneas propias del modelo de dispersión, aceleración, discontinuidad y fragmentación terminan siendo beligerantes respecto de la unidad nacional.



**Figura 6-8.** El Fugas y escapes, atributos de una nueva subjetividad  
*Fuente: Adaptación María José Salas Artega*

## Fugas y escapes, atributos de una nueva subjetividad

Toda supresión de la distancia en la Tierra trae aparejado un mayor alejamiento del hombre respecto a ella. De ahí que el hombre se aliene de la Tierra. Internet y el correo electrónico hacen que la geografía y la propia Tierra desaparezcan. El correo electrónico no lleva ninguna marca que permita reconocer desde dónde se ha enviado. No tiene espacio. La técnica moderna destierra (enttarranisier) la vida humana. (Han, 2021, p. 39)

Estas tensiones que experimentamos los sujetos en esta suerte de nuevos presupuestos de lo social nos presentan imágenes de actores que van y vienen, que deambulan por todas partes por la fuerza de la aceleración del tiempo y la renuncia sistemática a la experiencia espacial. Esta suerte de orfandad de la experiencia espacial es la que permite el diseño de lugares lejanos, lugares efímeros y de paso, lugares vaciados de las condiciones simbólicas para la morada humana, lugares no apropiados para la serenidad y la contemplación. Lugares propios de un diseño que se desmorona (como mundo moderno) y donde el

desencanto por los presupuestos que lo determinaban pasa a ser el denominador común.

La tensión que evidencian estas nuevas realidades y los caminos que podrían conducir a posibles salidas pueden ser de algún modo rastreados por las reflexiones que sobre la Odisea realizaron Adorno y Horkheimer en *Dialéctica del iluminismo*. Allí puede advertirse la compleja tensión a la que se enfrenta la aventura humana cuando la búsqueda de suelo patrio (Ítaca) es un anhelo entre vaivenes e indeterminaciones. La vida contemporánea que diseña territorialidades ambivalentes y transita por lugares efímeros, necesita de la astucia de Odiseo, la paciencia y serenidad de Penélope, el coraje de Telémaco y de la cuna de imaginarios sociales que es Ítaca. Ni para la astucia, ni para la serenidad, ni para el coraje y menos para mantener imaginarios sociales son los lugares de la indeterminación y la ambivalencia contemporánea. Los sujetos individuales y colectivos van quedando liberados del peso de la modernidad, se desencantan de ella al no encontrar con qué suplir el peso de la cultura moderna atesorado por más de 200 años y que al fugarse deja nuestra subjetividad y el universo cognitivo en el que se soporta, en el encuadre de la angustia, la melancolía y la indeterminación.

Los imaginarios sociales que se proyectan en estas nuevas formas de organización de la sociedad pueden resultar sugerentes en tanto se comprenda que operan como una manera de llenar el vacío que dejamos al liberarnos de a poco del peso de la cultura moderna y

sus atributos esenciales como el territorio, la identidad nacional, la soberanía, la solidaridad y la conciencia colectiva. Nos enfrentamos en el aquí y el ahora con una subjetividad ambigua e indeterminada, liviana y líquida, que le apuesta a la insaciable búsqueda de la seguridad ontológica. Sujetos desencantados habitando en estas “territorialidades postmodernas” y hechizados por efecto de la inestable e insegura condición de su universo cognitivo ahora perceptible en estas nuevas realidades.

Afianzo esta idea con la siguiente cita:

Precisamente, cuando Odiseo va a enfrentar a las sirenas, se salva -ya advertido por Circe- a través de la astucia al tomar los recaudos para poder pasar sin desviarse. Al pasar escuchando, pero no pudiendo detenerse Odiseo “engaña” a las sirenas, pero se sacrifica en relación a la belleza que el canto representa. El canto puede ser burlado, pero no eliminado y, sin embargo, ese ideal de nostalgia de un mundo reconciliado que representa no queda intacto, al contrario, es puesto a un lado de la vida, (Entel, 2005, p. 177)

Si el deseo o el anhelo de retorno a nuestras fuentes primarias (el lugar, la aldea, la morada, la tribu, la comunidad) es una expresión de esta nueva realidad social que emerge de la crisis de los presupuestos de la modernidad, este retorno debe interpretarse como un distópico destino, una imagen fugaz del pasado, una pretensión por habitar un puerto fijo en un universo efímero, ambiguo e indeterminado, cargado de nostalgia

por un pasado que, como lo deja ver Odiseo, solamente podemos escuchar porque ya estamos separados, definidos en permanente tensión por dos realidades que al alejarse una de la otra con vertiginosa aceleración van diseñando sus propias dinámicas sociales. Estas realidades que surgen de nuestra relación social en el mundo provienen de nuestra idea de tiempo y espacio.

Lo que hemos llamado atributos de la modernidad diseñaron en el tránsito de la vida humana estructuras sólidas, fijas, colosales, tangibles y cuantificables como cosas reales y racionales. En cuanto la racionalidad y el voraz deseo de cuantificar encontraron en la ciencia y la técnica su mejor aliado, la aceleración del tiempo se constituyó en la premisa fundamental de la vida moderna. De esta manera la experiencia espacial se fue rezagando, fue marginándose de los imaginarios sociales hasta imponer una imagen de lo social propia de acontecimientos efímeros, transitorios, líquidos y ambivalentes. El mundo contemporáneo se mueve se tramita en la experiencia de lugares intersticiales, de aceleración, fragmentación y nostálgica contemplación, de ilusiones y de consuelo, de fragmentadas experiencias y atomizadas representaciones. El universo cognitivo de los actores individuales y colectivos está atrapado en esa dicotomía.

¿Cómo encontrar asidero para la vida humana en espacialidades alejadas de la experiencia y eyectadas a la aceleración del tiempo? Si comprendemos que en este escenario se configuran las nuevas subjetividades, ahora ambivalentes e indeterminadas, en medio de

lugares que no logran materializarse en la experiencia del habitar porque ya no podemos detenernos, no podemos quedarnos y aferrarnos. La inercia del deseo nos impulsa a estos lugares que ahora solo funcionan como fantasmas de un pasado con arraigo. El lugar del deseo es el escenario constante para la fuga y el escape, es la espacialidad vuelta éter en la experiencia de vida de actores que se desvanecen, se aligeran, se fugan, se fragmentan y se atomizan, dada la imposibilidad para detenerse, morar, aferrarse y establecerse.

Es tal el tamaño de esta ambivalencia en la experiencia de vida contemporánea que por doquier familias, escuelas, universidades, grupos de amigos, almas colectivas y aquellas que también deambulan en apariencia de soledad experimentan perturbaciones que pueden medirse por el tamaño de las huellas que dejamos en nuestro cuerpo y nuestro lenguaje, en ausencia de un lugar para habitar, para aferrarse. Viene a ser de tal dimensión esta fractura de los atributos espacio-temporales que los sujetos llevan al límite su propio ser y su propia existencia. El afán de éxito, el exceso de rendimiento por llegar más rápido a la meta sin experimentar la fatiga del transitar, del vivirla en el habitar, se instaura como el patrón dominante, una pulsión que conduce al sujeto a su propia aniquilación.

La experiencia de fuga y escape funciona como medida del sujeto cuando desea retornar a sus fuentes locales al no encontrar la firmeza que le ofrecía otrora el diseño de la modernidad. La oportunidad para aferrarse, para encontrar el lugar de la morada en medio de la

constante aceleración del tiempo y su consecuencia, el achique de la experiencia espacial, quizá requiera en los actores individuales y colectivos de astucia para situarse, para aferrarse, para quedarse en el reposo, en el sosiego, en la serenidad que ofrece un lugar, una morada, una espacialidad para el reposo, para la demora frente al embate de las turbulentas aguas de la era de la comunicación digital, la globalización del universo simbólico y el consumo compulsivo que aventura la lógica del mercado.

Esta experiencia que conduce a pensar de una manera distinta nuestra experiencia en el espacio, en el territorio y el lugar, acertadamente reconocida como experiencia de nuevas territorialidades, no se muestra como evento local, es más bien un acontecimiento universal. El reclamo al derecho por la diferencia y el diálogo intercultural que “ebulle” por toda América latina nos conduce a reconocer la mutación de la experiencia espacio-temporal de los sujetos en perspectiva de su universo cognitivo y el sentimiento de desarraigo, la sensación de distancia de sus lugares de habitar la vida.

Estas nuevas territorialidades nos llaman a reconocer en los actuales sujetos individuales y colectivos nuevos escenarios donde se está llevando a cabo la experiencia de vida. La necesidad de comprender las dinámicas sociales y la fuga de los atributos de la modernidad le dan forma y contenido a nuevos entornos que otrora actuaban como unidades fijas y sólidas de la vida humana.

En el encuadre de estos escenarios y sus construcciones discursivas se apertura una manera distinta de entendernos en el mundo, una manera propiciada por lo que bien podría ser una suerte de reconfiguración de los imaginarios sociales y el universo simbólico. Esta nueva dimensión de lo simbólico se asienta en estas nuevas estructuras territoriales consecuentes con lo diverso, lo ambivalente, lo inestable, líquido y fragmentado; más concretamente, advierten de manera constante un deslinde, un rompimiento de cadencia, una falta de sincronía, un alejamiento cada vez mayor entre el saber que se gesta en las discursividades de la gramática moderna y el saber que acompaña los lenguajes de la vida fáctica en donde los sujetos miembros ahora de un renovado orden social, fundan estos nuevos presupuestos de la vida contemporánea, nuevas estructuras territoriales y nuevas subjetividades.

Las gramáticas de la modernidad que definían lo social a través de las consistentes identidades colectivas y que se configuraron en lo que bien describe Durkheim (2001) como formas de solidaridad orgánica, se enfrentan hoy al declive que se produce por la emergencia de las lógicas de la alteridad, la diferencia y la diversidad y que se reconocen por su condición “líquida” e inestable, ambivalente y multiforme. Estas formas de convivencia social no necesariamente “mecánicas”, pero sí, marcando distancias significativas del carácter “orgánico”, son propiamente las expresiones de los universos cognitivos de la posmodernidad que erosionan sus presupuestos a la

hora de reconocerse como agentes homogéneos y formas altamente cohesionadoras de la vida.

Interesantes reflexiones se encuentran en los trabajos de Touraine y Bauman, para quienes el reconocimiento de la vida social en formatos diversos está dando lugar a novedosas formas de ser, actuar, sentir y pensar en la experiencia de la convivencia teniendo como referentes lo múltiple y lo indeterminado. Se hace imperativo que nos detengamos en el diseño de estos nuevos presupuestos de lo social, de estas nuevas conciencias de la experiencia individual y colectiva, de estas nuevas territorialidades y subjetividades, las cuales se están adelantando las apuestas de la vida contemporánea.

Sí con el proyecto de la modernidad se instaló una nueva clase dominante y con ello floreció el modo de producción capitalista y los presupuestos o atributos que acompañaron la cultura de la modernidad, estos mismos presupuestos hoy provocan un profundo desencanto en el sujeto posmoderno, desencanto que agita el afán por innovar y acelerar el tiempo con sus inventos (como la comunicación digital) y achicar el espacio en su forma de experiencia para llevar a cabo la vida. La ruta de una subjetividad sólida afianzada en los imaginarios de la competitividad, el crecimiento material, el éxito institucional y empresarial, es decir, aquellos de un universo económico que terminó dando forma a una práctica utilitarista, se caen a pedazos y se derriban las firmezas de un proyecto decadente, dejando avizorar actores individuales y colectivos que se toman a sí mismos

como sujetos de confrontación, agotando y lastimando la subjetividad que los contiene. Cuando ya no hay lugar para habitar ni motivos para detenerse la aceleración del tiempo se lleva a su paso la posibilidad de habitar, morar, crecer, envejecer y narrar la experiencia fáctica de la vida.

El desencanto ante los presupuestos de la modernidad provoca el desencanto de los sujetos y la promoción de nuevas formas de orden social que aventuran al sujeto a un universo indeterminado, inestable y ambivalente, por consiguiente, su universo cognitivo carga con el mismo diseño. Resulta muy apropiado el análisis que de la sociedad realiza el filósofo contemporáneo Byung-Chul Han (2017, 2022) permitiendo reconocer este momento de desencanto en los sujetos a partir de lo que aquí llamamos la pérdida de los presupuestos de la cultura moderna. Sus agudas observaciones nos conducen al mismo lugar: sujetos ambivalentes e inestables que, más que buscar aferrarse a los atributos de la modernidad y la sociedad disciplinada, encuentra placer volviéndose sobre sí mismo a tal nivel de satisfacción que conduce su propio ser a la autoeliminación. A decir de Bauer (1979)

Sólo el capitalismo consiguió generar una cultura verdaderamente nacional de todo el pueblo pasando por sobre los estrechos límites de la demarcación aldeana. Lo consiguió, arrancando a la población de su filiación local, cambiándola de su lugar en el proceso moderno de formación de las clases y de las profesiones. Lo llevó a cabo a través de la democracia, que es su producto, y también a través de la escuela

primaria, del servicio militar obligatorio y del sufragio igualitario (Bauer, 1979, p. 103)

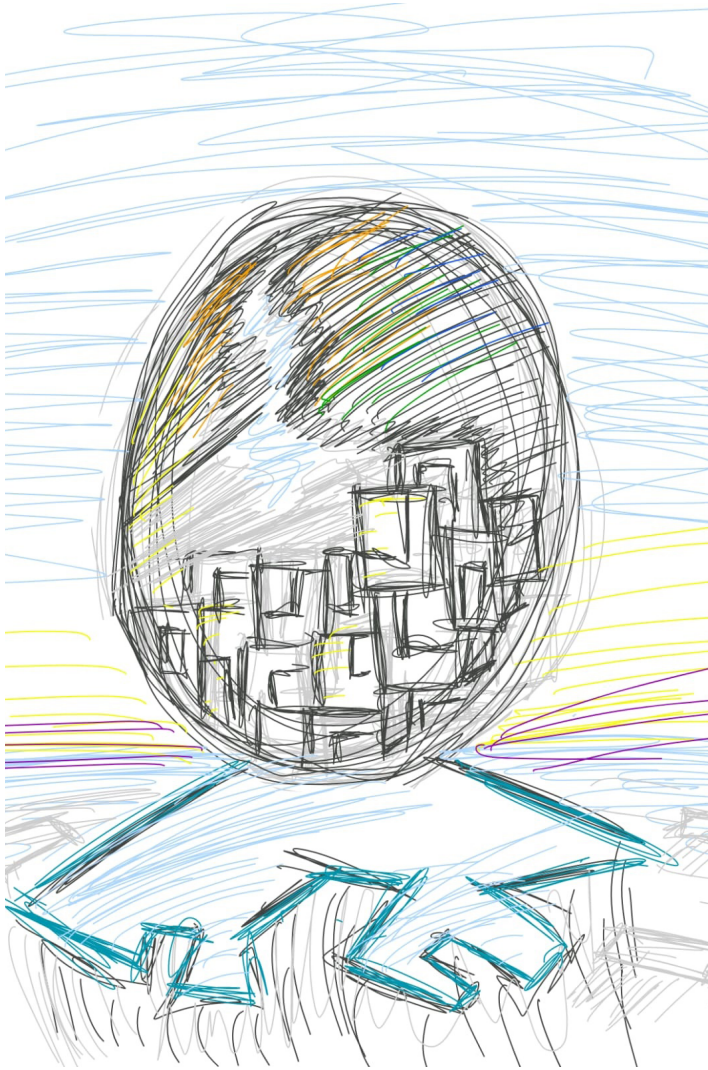
De esta dicotomía entre los atributos de la modernidad y los presupuestos que emergen por parte de los sujetos frente al desencanto de la modernidad aparece una serie de identidades que, desde el universo de la ontología de vida de los actores sociales, reclama nuevos lugares, nuevas formas de ser, actuar, sentir y de pensar y crean nuevos escenarios frente al territorio, el lugar y la territorialidad. Esta condición desencadena en los sujetos una profunda fragmentación cognitiva que se expresa en estados de ambivalencia, inestabilidad, fragilidad, liquidez, melancolía e inseguridad ontológica. En otras palabras, estamos frente a un profundo proceso de disociación que crece entre el escenario de la experiencia cotidiana y el universo de la subjetividad.

Aferrarnos a los presupuestos de la modernidad nos resulta casi un proyecto irrealizable. La fuerza del viento, el huracán, la tormenta y la aceleración expresada en una de las tesis sobre la historia por Walter Benjamín en la figura del *Angelus Novus* resulta sugerente, en el entendido que estas destructivas fuerzas huracanadas constituyen la razón de ser de la narrativa moderna. Nos queda entonces reinventar los presupuestos para una sociedad y en ella unos sujetos que por el desencanto van y vienen sin encontrar puerto firme al estar expuestos a la voluntad de la tormenta. La cita que viene deja ver con claridad este escenario:

¿Estamos ya reviviendo la historia de esa ruptura de las sociedades nacionales en beneficio, por un

lado, de los mercados internacionales y, por el otro, de los nacionalismos agresivos? Esta ruptura entre el mundo instrumental y el mundo simbólico, entre la técnica y los valores, atraviesa toda nuestra experiencia, de la vida individual a la situación mundial. Somos a la vez de aquí y de todas partes, es decir, de ninguna. Se debilitaron los vínculos que, a través de las instituciones, la lengua y la educación, la sociedad local o nacional establecía entre nuestra memoria y nuestra participación impersonal en la sociedad de producción, y nos quedamos con la gestión, sin mediaciones ni garantías, de dos órdenes separados de experiencias. (Touraine, 2000, p. 12).

En estas dicotomías identificamos las lógicas del sujeto contemporáneo que se desplazan desde el lugar donde la modernidad impulsó su proyecto cultural hasta los escenarios de la fragmentación, atomización, ambivalencia y liberación del peso de la cultura nacional. Estas nuevas subjetividades que revelan fragilidad ontológica conducen a descifrar y comprender los atributos de la modernidad de una manera distinta. El lugar, el territorio, la nación y los nacionalismos como atributos visibles que compactan el universo cognitivo diseñado por la modernidad se van modificando hasta tal nivel que resulta poco probable explicar las lógicas de la vida contemporánea a la luz de estas nuevas y fugaces aventuras. A muchos investigadores les resulta apropiado hablar mejor del fin de la sociedad y sus atributos para referirse a este momento.



**Figura 7-8.** Premisas para nuevos lugares  
*Fuente: Adaptación María José Salas Arteaga*

## Premisas para nuevos lugares

A la pregunta de qué es eso que más requiere pensarse, responderemos con la afirmación: lo que más requiere pensarse en nuestro tiempo problemático es el hecho de que nosotros todavía no pensamos. (Heidegger, 2005, p. 79)

**E**ste mosaico de representaciones humanas tan diverso en la vida contemporánea va configurando también una suerte de nuevas geografías, lugares que se habitan desde las lógicas de la otredad, la diferencia y la alteridad, y que permiten el despliegue de lo diverso y lo indeterminado como atributos indispensables en estas nuevas aventuras del sujeto, sus anhelos, deseos y orientaciones.

Bajo la sombra de estas indeterminaciones se observa al deambulante sujeto liberado del peso de la cultura moderna experimentando sistemáticos procesos de desterritorialización de sus lugares, experimentando ahora la espacialidad rezagada del tiempo, suerte de nomadismo contemporáneo que no da lugar ya a la experiencia fáctica del habitar la espacialidad armonizada con el tiempo. La espacialidad del sujeto moderno, compacta, rígida y generosa en ofrecer seguridad ontológica vive ahora representada en la nostalgia de unos sujetos ambivalentes, líquidos

e indeterminados que buscan esta seguridad en el retorno a sus fuentes primarias bajo los presupuestos de una experiencia posmoderna que los determina solamente como intersticios a partir de donde cobran sentido nuevas formas de ser, de actuar, de sentir y de pensar de una subjetividad lacerada, ambivalente, fragmentada e insondable, que se va afirmando tomándose a sí mismo, como la medida de todas las cosas. La fatiga cognitiva por exceso de positividad es el síntoma de esta nueva subjetividad.

La presencia de estas formas diversas, de este universo frágil e inestable que conduce a los sujetos a un deseo de retorno a sí mismos, a sus fuentes locales como premisa de la identidad individual y colectiva hoy en día constituye más que un presagio sobre la declaratoria del fin de la modernidad y sus atributos, un desafío a la ciencia social para descifrar teorías y metodologías que permitan comprender la mecánica de estas nuevas y extrañas formas de interacción social, de estas nuevas dinámicas sociales y el rediseño de sus presupuestos.

Resalto aquí, por ejemplo, el maravilloso trabajo que realiza Beuchot (2018) en lo que respecta a las nuevas formas de comprender el diálogo intercultural, la diferencia y la otredad, más allá de las lógicas del tercero excluido, el consenso y el disenso que agotan en un momento al otro y lo enmudecen. Beuchot se centra en las lógicas del diálogo permanente como escenario para ofrecerle al sujeto una posibilidad en lo efímero e indeterminado. Un diálogo que no aspira al consenso en la resolución rápida de las contradicciones, en el

trámite fugaz de las tensiones y sea capaz de perpetuarse, de quedarse en el suspenso que alimenta un nuevo comienzo, de mantenerse en el disenso, es un diálogo que no termina, que achica la distancia entre el tiempo y el espacio y funge como una permanente invitación a seguir siempre conversando.

Para el diseño de una ruta de análisis respecto a estas nuevas dinámicas que se expresan como eventos de desencanto de la modernidad resulta indispensable, además, alejarse del universo cognitivo que diseñó en la ciencia social la modernidad. Tomar distancia del modelo vertical y dualista que crea la episteme de la modernidad resulta apropiado para el reconocimiento de estos nuevos lugares y los encuadres cognitivos que será necesario diseñar para comprenderlos. El camino que lleva al orden y el equilibrio desde la perspectiva epistémica en la arquitectura de la primera ley de la termodinámica (que exige la búsqueda de la verdad en el restablecimiento del orden y el equilibrio homeostático) debe ser confrontada con el modelo de la complejidad que facilita la transdisciplinariedad, materializada en las corrientes que interpretan las dinámicas sociales desde la complejidad, los sistemas alejados del equilibrio, las teorías del actor red y las miradas analíticas de la diferencia, la alteridad y la diversidad que ahora se sitúan del lado de lo indeterminado, lo fragmentado e inestable.

En este sentido, se configura una forma distinta para comprender la relación naturaleza- sociedad y, por consiguiente, las dinámicas de los actores y sus territorios.

Lo que resulta de esta tradición es que la experiencia espacial y temporal de los sujetos en lugar de separarse, se junta y los territorios operan como actores con sus propias reglas, constriñen las voluntades de otros actores y afianzan la idea de ser considerados una realidad que se construye en conjunto. En en la experiencia de vida de las comunidades locales se dice: “somos territorio”, en el ser, en el hacer, en el sentir y en el pensar somos lugar. La idea de vida y de lugar se contienen mutuamente como la rueda y el eje. El lugar contiene la vida y al llevarse a cabo la experiencia de vida se configura el lugar.

En otras palabras, seguimos la ruta que señala una relación estrecha entre marcos teóricos y realidad social como marco indisoluble y esto nos conduce a considerar que la naturaleza y la cultura, el tiempo y el espacio, son un binomio indisoluble. Bajo esta manera de abordar las dinámicas sociales, se abren miradas alternativas que tienen como fuente a las ciencias naturales, la física, las matemáticas, la cibernética, la teoría de sistemas y el caos, encuadres analíticos que se van posicionando como marcos cognitivos alternativos a los modelos que segmentan, atomizan, fragmentan y diluyen la vida en la era de la experiencia contemporánea.

Los Estados Nacionales en América Latina dan significativos pasos para poder encontrar formas de diálogo que coincidan con estos marcos interpretativos, con este universo de nuevas subjetividades. La eclosión de movimientos alternativos, el desencanto y la profunda desconfianza de grupos juveniles por la práctica política,

la reivindicación de identidades territoriales alternativas, las constantes construcciones discursivas que enaltecen la dignidad de las clases subalternas constituyen una clara señal de la emergencia de estos nuevos lugares y el desafío a nuevas formas de interpretación.

La experiencia de liviandad, fragilidad y creciente ambivalencia que experimentan los sujetos por el desencanto y despojo de lo que hemos llamado aquí los atributos de la modernidad, promovidos por las actuales formas de ser, actuar, sentir y pensar de actores en situación de lógicas globales, comunicación digital, realidades paralelas, aceleración del tiempo, crecimiento desmedido del universo instrumental y ante todo, disociación y fragmentación con el universo simbólico, lastiman ahora las identidades colectivas, la conciencia nacional, la solidez de los territorios propios del modelo de la modernidad pesada. De manera general, se fracturan estructuras sociales como el territorio, una organización comunal y política legal, una ideología que soporta una cultura cívica en el marco de lo que se reconoce como identidad de la nación. Para ello puede verse detalladamente a Anthony Smith (1997) en su libro “La Identidad Nacional”

Veamos con Smith una referencia:

La identidad cultural colectiva no alude a la uniformidad de elementos a través de las generaciones sino al sentido de continuidad que tienen las sucesivas generaciones de una unidad cultural de población, a los recuerdos compartidos

de acontecimientos y épocas anteriores de la historia de ese grupo y a las nociones que abriga cada generación sobre el destino colectivo de dicho grupo y su cultura. En consecuencia, los cambios en la identidad cultural se refieren al grado en que diversos procesos traumáticos perturban la función básica de modelado de los elementos culturales que configuran el sentido de continuidad, los recuerdos compartidos y las nociones de destino colectivo de las unidades culturales de población. (Smith, 1997, p. 23)

Se ha sostenido la idea de que los sujetos en forma individual y colectiva están experimentando una serie de condiciones culturales, políticas, instrumentales y simbólicas que los define metafóricamente como livianos, frágiles, inestables y ante todo ambivalentes. Son sujetos individuales y colectivos despojados del lugar para habitar, para morar y por consiguiente de-morarse, pero un sujeto sin lugar para habitar es un sujeto de y para el olvido.

A esta condición hay que reconocerle el combustible que lo impulsa, un componente central que funge como responsable de desencadenar la energía de la vida contemporánea, es el que tiene que ver con todo el espectro de la comunicación digital y con ello, las realidades paralelas, cuerpos y mentes de internautas, hipertrofia de señales y mensajes que conduce nuestra experiencia cognitiva al universo de la sociedad red, sin ensamblés. Nótese que estas lógicas vehiculizadas por la comunicación digital, la globalización, el crecimiento del

mundo instrumental y la inteligencia de las cosas, van provocando un distanciamiento del universo cultural en su forma de identidades colectivas. Distanciamiento que se experimenta como fractura de la relación entre el tiempo y el espacio.

Las cualidades que definen estas estructuras identitarias colectivas, como el territorio que fungió como unidad de representación del sujeto moderno, la identidad, los recuerdos compartidos, los símbolos y la hermandad, ontológicamente experimentados bajo la figura de la nación y los nacionalismos por ejemplo, operan hoy en día como huellas o fantasmas de un pasado inmediato. Esta tensión de realidades (por una parte, las fácticas, grandes y sólidas, propias del diseño moderno y, por otra parte, las realidades del universo digital, de la aceleración, la fuga y la inmediatez, realidades ambivalentes, ligeras y livianas, propias de la experiencia de la posmodernidad) propician un bombardeo sistemático y a la vez demoledor a la subjetividad de actores que traen aun diseños modernos para sus vidas, pero a su vez experimentan desencantos, fisuras y distancias, desencantos promovidos por la experiencia de la comunicación digital, la cultura global y la primacía del mundo instrumental. La síntesis de este dilema humano lo vivimos como el anhelo de unos sujetos que desean cambiar el diseño de un mundo moderno con todos sus atributos por un mundo estocástico, cuya arquitectura se sostiene en lo efímero.

Este nuevo diseño solo nos proyecta la imagen de un porvenir incierto, de un territorio inestable, de un

lugar inacabado y en permanente construcción. En otras palabras, a la sombra de los atributos de la modernidad empezamos a reconocer la emergencia de otros lugares y la urgencia de otros diseños donde se llevan a cabo la experiencia fáctica y cognitiva de la vida contemporánea en todas sus dimensiones.

Los acuerdos y las voluntades humanas que permitían proyectar la vida a largo plazo vienen siendo mutiladas por la aventura del día a día, por el trámite de facto a nuestras urgencias, por la ausencia de reposo y serenidad, por la carencia de una morada para pensar. El momento para expresar el rediseño de los atributos de la modernidad lo experimentan los actores en sensaciones de liviandad, ambivalencia y liquidez. Esta experiencia se fortifica cuando nos sentimos liberados sistemáticamente del gran volumen y el peso de la cultura moderna. ¿Por qué antes el tiempo me alcanzaba para hacer más cosas?

La experiencia de liviandad deriva de estas sensaciones que se gestan en la vida contemporánea a la luz del distanciamiento entre el tiempo y el espacio, la aceleración del tiempo y el achique de la experiencia espacial entre la vida y los conceptos, entre el universo cultural y el mundo natural. Esta disociación en crecimiento la vivimos en la experiencia diaria cuando nos sentimos actuando en la inmediatez, en la urgencia del día a día y al mismo tiempo sentimos y nos duelen todos los lugares. En el fondo este estar y no estar, este fugaz habitar nos deja en situación de orfandad territorial.

Las naciones y los nacionalismos como atributos esenciales del proyecto moderno encarnan esta contradicción propia de la experiencia contemporánea. De una parte y en el contexto de la globalización, el libre mercado y la comunicación digital a escala universal, evocan sensaciones de soledad, miedo y aislamiento, a su vez, sensaciones de universalidad y resistencia a la diversidad cultural.

La configuración del proyecto de nación afianzado en la arquitectura de la modernidad y en el cual los sujetos encontramos lugares para los imaginarios, la identidad y la conciencia colectiva, se consolida por el peso que ejerce en los actores la cultura moderna. Sin embargo, las lógicas de la vida contemporánea que trascurren en contextos de globalismos, comunicación digital, desterritorialización y deslocalización fracturan el carácter sólido del modelo que configuró al sujeto moderno y sus atributos como el de la nación y los nacionalismos y deja en condición de liviandad y fragilidad a los sujetos individuales y colectivos. Al respecto señala A. Smith:

Los riesgos son bastante evidentes: la desestabilización de un frágil sistema de seguridad global, la proliferación y la exacerbación de los conflictos étnicos en todas partes, la persecución de minorías indigestas por mor de una mayor homogeneidad nacional, y la justificación del terror, el genocidio y el etnocidio a una escala inconcebible en épocas anteriores... No obstante, un mundo de naciones y de identida-

des nacionales no está exento de esperanzas. El nacionalismo es una fuente de orgullo para los pueblos oprimidos y la forma aceptada de incorporarse o volver a incorporarse a la democracia y la civilización. (Smith, 1997, p.159-160)

Reconocemos el reto del proyecto de nación cuando se enfrenta a estos procesos de fragmentación, atomización y ambivalencia en quienes le dan fuerza y consistencia: los sujetos. Precisamos de un desplazamiento, un proceso de reconfiguración de la arquitectura de las naciones y los nacionalismos que vele por incorporar las expresiones humanas que se afianzan en las lógicas de la otredad, la diferencia y la alteridad, como una suerte de reconocimiento de los derechos individuales en el concierto mundial.

En esta experiencia contemporánea de la vida individual y colectiva que es ambivalente, difusa y fragmentada y cuya consecuencia va siendo el desencanto y la liberación sistemática en los sujetos del peso de la cultura nacional, sostenemos las motivaciones de anhelo de retorno a las fuentes locales, situadas y aferradas a lugares. El conjunto de estas motivaciones que son individuales y colectivas permiten proyectar en lo queda del diseño moderno de los Estados Nacionales, autodeterminación y diálogo intercultural, ya no como un capricho producto del desencantamiento, sino como un derecho político inmanente a estas nuevas subjetividades.

Coincidimos aquí con las serias reflexiones que al respecto desarrolla el sociólogo Alain Touraine:

No hay ninguna discontinuidad entre la idea del sujeto y la de sociedad multicultural, y más precisamente de comunicación intercultural, porque solo podemos vivir juntos con nuestras diferencias si nos reconocemos mutuamente como sujetos. Trataré de demostrar que la democracia debe definirse como la política del sujeto. Como el régimen que brinda al mayor número de personas la mayor cantidad posible de oportunidades de alcanzar su individuación, de vivir como sujetos, lo que nos llevará muy lejos de la imagen antigua de la democracia directa, expresión de la voluntad general, y más lejos aún de la identificación, tantas veces proclamada en Francia y otros Países de la Nación y el Estado. (Touraine, 2000, p. 166)

Reconocemos en estas dinámicas de los sujetos y los atributos de la modernidad donde se lleva a cabo la experiencia de la vida contemporánea un vínculo especial entre las identidades, los territorios y la conciencia. Este vínculo permite reconocer y comprender de manera parcial el surgimiento de los fenómenos locales y socio-territoriales en el concierto local, nacional e internacional. Este vínculo permite además reconocer las contradicciones que se viene dando al interior de las naciones y los nacionalismos modernos y que se expresan, de una parte, en el universo cultural y simbólico y, de otra parte, en el escenario de la cultura global y que se vehiculiza a través de la comunicación digital, el mundo instrumental y el mercado.



**Figura 8-8.** A modo de conclusión  
*Fuente: Adaptación María José Salas Arteaga*

## A modo de conclusión

**E**l hilo conductor de este documento señala la ruta que va de tomar el carácter sólido, firme y seguro que le ofrece a los actores individuales y colectivos la arquitectura de la modernidad, hasta comprenderlos frágiles, líquidos, ambivalentes, inestables y fragmentados, estado en que los ha dejado la crisis de los atributos de la modernidad como referentes inmediatos de su estructura identitaria en la vida contemporánea. Esta suerte de identidad se expresa por la apropiación y representación de formas de convivencia humana en el marco de la diferencia, la alteridad y la otredad, permitiendo reconocer diversidad y tensión de universos simbólicos y estructuras cognitivas que se ensamblan en formas discontinuas, efímeras y ambivalentes.

Hablamos de identidades fragmentarias, atomizadas, múltiples y discontinuas y aunque ello no implica excluir la concepción de identidad en el sentido moderno, sí posibilita la aproximación a experiencias que son no propiamente modernas. Estas dinámicas que definitivamente han modificado nuestros modos y sentidos de pertenencia al igual que las experiencias de la identidad permiten repensar las gramáticas, los imaginarios sociales y discursos, en fin, las prácticas sociales a la luz de la era contemporánea.

Las identidades modernas que por definición se afianzaron en los atributos del mundo moderno fueron constituyentes del peso de la cultura nacional en los sujetos y en nuestro ser individual y colectivo. Esta serie de atributos son, por lo general territoriales (fijos) y regularmente de connotación monolingüística, se subordinan a las regiones y las etnias dentro de un espacio definido por las normas administrativas, La noción de identidad moderna tiende a concebirse como “monoidentidad” a partir de un refuerzo permanente por mantener la coherencia unitaria, insistiendo en las condiciones socioespaciales con relación a un territorio particular. Las identidades de la modernidad conciben al ciudadano fundamentalmente ligado al Estado-Nación, se estructura desde referentes jurídico políticos estatales, ubica la multiculturalidad como algo exterior o por fuera del proyecto colectivo y claro, fuera de las aspiraciones del individuo.

De otra parte, las identidades “posmodernas” tienden a ser transterritoriales y “multilinguistas”, nunca son reductibles a referentes exclusivamente socio-territoriales porque su visión abarca un continuo y sistemático proceso de desterritorialización del territorio y una continua decodificación de la población desfigurando la referencia del Estado-Nación, puesto que hay un agenciamiento relacional de múltiples escenarios.

Han perdido fuerza los referentes jurídico - políticos de la nación y se advierten fisuras, grietas y fracturas cognitivas en los sujetos, puesto que las identidades no

son monoidenticidades sino que se aproximan a imágenes de voces desiguales, móviles, líquidas, inestables, fragmentadas, híbridas y virtuales.

Es preciso saber que nuestros territorios amparados en referentes jurídico-políticos bajo el discurso de la modernidad ahora se enfrentan a un continuo proceso de desterritorialización del territorio, y el pueblo y la identidad colectiva que lo soporta se fragmenta e irrumpe o emerge iconoclasta apelando a su individualidad, para un continuo proceso de descodificación de la población (otrora, etnias, tribus, comunidades, grupos, conglomerados, etc.)

El caso de la Constitución Política de Colombia de 1991 anuncia la interpretación jurídica y política de una fractura de fondo. El proyecto de nación requiere refundarse por la premisa de la diferencia, de lo global, lo ambivalente y deslocalizado. Esta apertura a la diversidad, la otredad y la diferencia reclama una valorización de lo local como política de lugar y morada para el habitar, a su vez, se anuncia en el marco de la crisis de los referentes de la modernidad, en el campo de la universalidad, la globalización y la comunicación digital. Las territorialidades son multiterritorialidades, la nación es una constelación de localidades y los sujetos somos diferencia. Es decir, se consagra una idea distinta de sujetos individuales y colectivos mientras en la vid contemporánea se afianza el rompimiento de las relaciones espacio-temporales.

## Referencias Bibliográficas

- Agamben, Giorgio (2001) *Medios sin fin, notas sobre la política*. Editorial pre-textos Valencia, España.
- Anderson, B. (1993). *Comunidades Imaginadas, reflexiones sobre el origen y la difusión del Nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Baudrillard, J. (1995). *La ilusión del fin*. Barcelona, Anagrama.
- Bourdieu, P. (1991) *La Ontología Política de Martin Heidegger*. Barcelona - España: Ediciones Paidós Ibérica, S.A.
- Bauer, O. (1979). *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*. México: siglo XXI Editores.
- Bauman, Z. (1996). *Modernidad y ambivalencia*. En Jose-txo Beriain (comp.), *las consecuencias perversas de la modernidad*: Barcelona: Anthropos.
- Bauman, Z. (2009). *Modernidad líquida*. Buenos aires. Fondo de cultura económica.
- Bauman, Z. (2001). *La globalización. Consecuencias humanas*, México: FCE.
- Beuchot, M. & González, J.E. (2018). *Diversidad y diálogo intercultural*. Bogotá, Ediciones el Búho.

- Beriain, J. (1998). *Para comprender la teoría sociológica*. Navarra: Editorial Verbo Divino.
- Cortazar, J. (1984). *La vuelta al día en ochenta mundos*. México: siglo XXI Editores.
- Han, B.C (2022). *Capitalismo y pulsión de muerte*. Barcelona, Herder Editores.
- Han, B. C (2021). *El aroma del Tiempo*. Barcelona, Herder Editores
- Han, B. C (2017). *La sociedad del cansancio*. Barcelona, Herder Editores
- Deleuze G. & Guattari, F. (1994). *Mil mesetas, capitalismo y esquizofrenia*. Valencia España: pre-textos.
- Dembicz, A. Laurelli, E (eds). (2000). *Procesos regionales en Europa centro-oriental y América Latina*. Experiencias de encuentro y transformación. Univer-sytet, Varsovia.
- Durkheim, E. (1976). *Educación y sociedad*. Bogotá: Babel.
- Durkheim, E. (2001). *La división del trabajo social*. Ediciones Akal.
- Elías, N. (1997). *El proceso de la Civilización*, Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Escobar, A. (2000) *El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿Globalización o postdesarrollo?*. Buenos Aires: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

- Entel, A. (2005). *Escuela de Frankfurt, razón, arte y libertad*. Buenos Aires: Editorial Eudeba.
- Exupéry A. (2016). *El principito*. Colombia. Editorial planeta.
- Foucault, M. (1981). *Las palabras y las cosas*. México: siglo XXI Editores.
- Flusty, S. (1944) *Building Paranoia la proliferación de espacio prohibitivo y la erosión de la justicia espacial*. Editor Nan Ellin, New York.
- Gellner, E. (1993). *El nacionalismo y las dos formas de cohesión en sociedades complejas*. En cultura, identidad y política. El nacionalismo y los nuevos cambios sociales. Barcelona: Gedisa.
- González, Jorge Enrique. *Sujeto e historicidad, lección inaugural en el programa de especialización "Teorías, métodos y técnicas de investigación social"* Universidad Pedagógica Nacional, febrero 13 de 2004.
- Harvey, David. (2017) *El cosmopolitismo y las geografías de la libertad*. Madrid, ediciones Akal.
- Heidegger, M. (2007) *Conceptos fundamentales de metafísica*. Madrid, Alianza.
- Heidegger, M. (2005) *¿Qué significa pensar?*. Madrid, Trotta editores.
- Heidegger, M. (1996) *Discurso sobre el pensamiento*. Nueva York: Harper & Row.
- Horkheimer, M. & Adorno, T. (1971). *Dialéctica del Iluminismo*. Buenos Aires: Ediciones sur.

- Jordan, Pilar. *Estrategias de poder en América Latina*. Barcelona, U. de Barcelona. 2000.
- Konig, Hans Joachin. *Nacionalismo y nación en la historia de Iberoamérica*. Ridderkerk (Holanda) AHILA, 2000.
- Miroslav, Hroch. (1994) *¿Sabemos suficiente sobre nacionalismo?* En: Beramendi, justo et al. *Nationalism in Europe: past and present*. Santiago, U. De Compostela.
- Nietzsche, F. (1984) *La Gaya Ciencia*. Editorial Bedout S.A.
- Ortiz Báez, Pedro Antonio. Delgado Rodríguez, Alfredo. Gómez Rábago Francisco. (2016). *Sistemas alejados del equilibrio: un lenguaje para el diálogo transdisciplinar*. México, Universidad Autónoma de Tlaxcala.
- Ortiz, R. (1998). *Otro territorio*. Bogotá: Editado por el Convenio Andrés Bello.
- Pérez-Agote, Alfonso. (1996). *Hacia una concepción sociológica de la nación*. En: Pérez-Agote, Alfonso. (ed.) *Sociología del nacionalismo*. Vitoria, U. del país vasco.
- Rama, A. (1987). *Transculturación Narrativa en América Latina*. México: Siglo XXI Editores.
- Salas Salazar, Vicente. (2018). *Educación y región*. Ediciones Universidad de Nariño.
- Smith, A. (1997). *La Identidad Nacional*. Madrid: Trama Editores.
- Torres, Rivas E. (1981). *La nación: problemas teóricos e históricos*. México, Siglo XXI editores.

- Touraine, A. (2016). *El fin de las sociedades*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Touraine, A. (2000). *¿Podemos vivir juntos?* Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Vizcaíno, F. (2004). *El nacionalismo mexicano en los tiempos de la globalización y el multiculturalismo*. México: Instituto de Investigaciones sociales, UNAM.

## Acerca del autor



Vicente Fernando Salas Salazar

Sociólogo, Doctor en Estudios Territoriales, Magister en Estudios Latinoamericanos, Magister en Sociología, Máster Universitario en Antropología Filosófica. Fue director del departamento de Sociología de la Universidad de Nariño, fundador y coordinador del grupo de investigación Cultura y Desarrollo, actualmente es director del Centro de Estudios e Investigaciones Latinoamericanas. CEILAT de la Universidad de Nariño.

# èditorial

Universidad de **Nariño**

Año de publicación: 2026  
San Juan de Pasto - Nariño - Colombia

## ¿Cómo educar en el habitar?

Los educadores quizá hemos perdido la capacidad para encontrarnos con nuestros estudiantes en el amor a la ciencia, las artes, la filosofía, las humanidades, la curiosidad por el saber y en esta discontinuidad hemos apagado la chispa que aviva el espíritu por la pregunta.

## ¿A que se debe este desencanto?

Nuestras formas de enseñar no son compatibles con las formas de aprender y esto produce un desasosiego, un malestar, un inconformidad, apatía, desinterés, conflicto, violencias, nostalgia, melancolía, desconfianza, vacío, soledad, fatiga y muerte. Es urgente detenernos a pensar ¿Cómo vamos a reencantarnos nuevamente, como vamos a recuperar la confianza por el saber, como hemos de hacer para reconciliar la labor de enseñar con el apetito por el aprender? Este libro explora este camino pasando por la idea de modernidad, globalización y la comunicación digital, que es el recurso de los encuentros de la vida contemporánea, plétora en el oficio de enseñar y aprender a través del habitar como morada para el acontecer educativo.



Universidad de Nariño  
FUNDADA EN 1984

ai

Universidad de Nariño  
ACCESIÓN EN BIC CUADRO  
REGISTRADO EN MEN 89822 - 08/09 11 DE 2022

editorial

Universidad de Nariño

ISBN: 978-628-7864-56-6



9 786287 864566

CEILAT

Centro de Estudios  
e Investigaciones  
Latinoamericanas

